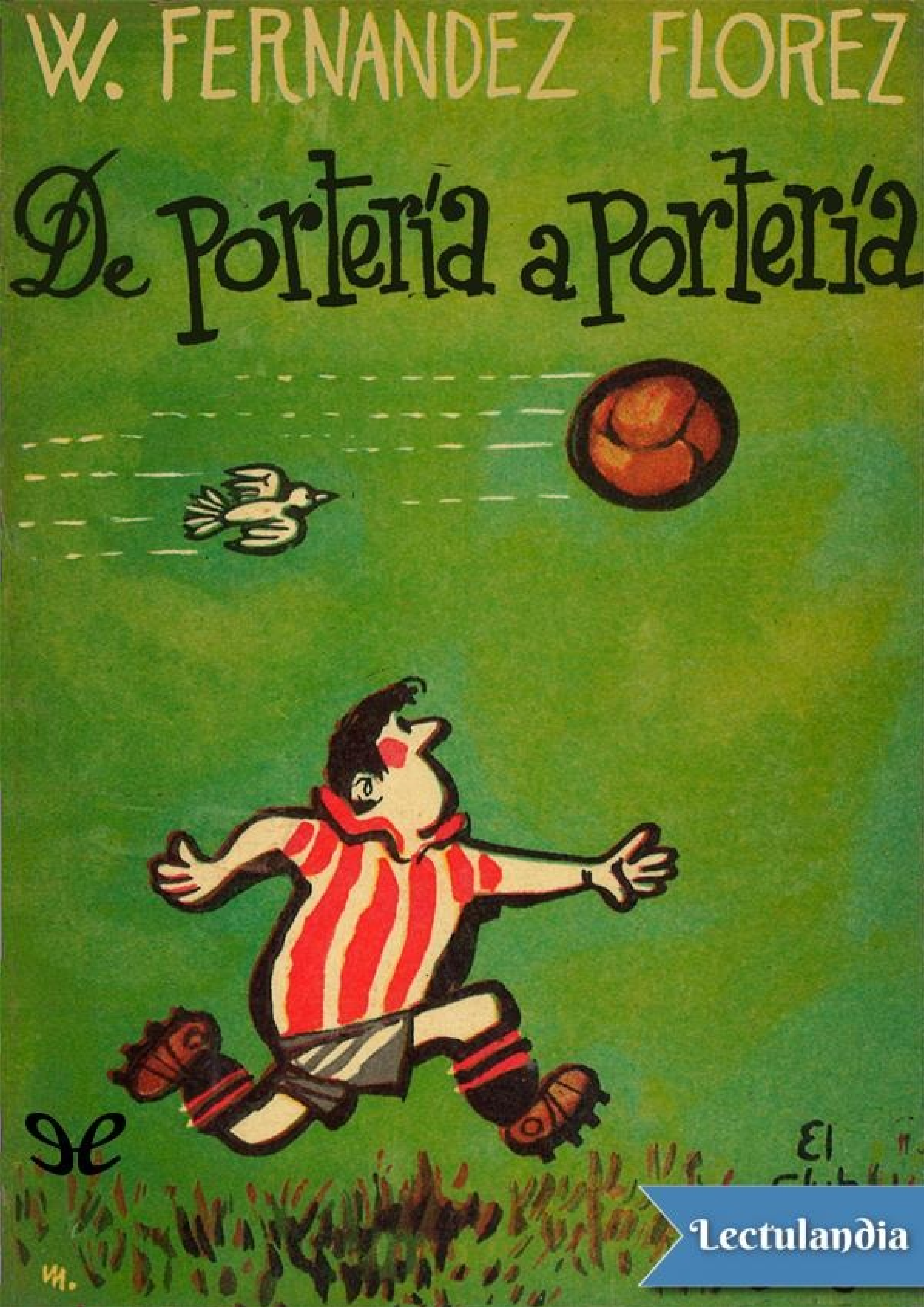

W. FERNANDEZ FLOREZ
De Portería a Portería
Lectulandia

W. Fernández Flórez, el gran cronista de tantos y tantos aspectos de la vida, caracterizado como maestro de humoristas, como excepcional pirotécnico del ingenio, empujado, según su propia confesión, por un “afán de conocimiento”, y asistido por las razones que él mismo se diera, de que “nadie debe andar por la vida de espaldas a su época”, ocupó un puesto en las gradas de cemento de los estadiums y presenció el desarrollo de los campeonatos; las duras disputas por los trofeos. Una serie de visiones impares, en las que la línea de la mejor estirpe humorística no se pierde un momento, una disección, por dentro y por fuera, amable y siempre divertida, es lo que obtuvo el cronista para su público en los distintos trabajos, fruto de su experiencia de testigo ocular.

Con una aparente ignorancia de las reglas, situándose en espectador ingenuo, asombrado las más de las veces ante lo que ocurre en torno suyo, y muy especialmente en el verde césped, entre los veintidós jugadores que luchan por “meter” goles, el árbitro y los jueces de línea, sin olvidar, como ya hemos apuntado, las reacciones de los ocupantes de las tribunas, W. Férnández Flórez ofrece como un tecnicolor jocundo, logradísimo, no sólo de lo que es el juego, en las sensacionales competiciones, que se afanan por presenciar millares y millares de personas, sino la de proyección de aquéllas en la vida actual, fuera ya de los campos donde la supremacía de unos u otros equipos se ventila; es decir, de la trascendencia del fútbol como fenómenos social, promotor de pasión colectiva. Todo esto, con su prosa de una amenidad que ha conquistado al escritor el renombre que disfruta, es lo que nos brinda la nueva obra.

Wenceslao Fernández Flórez

De portería a portería

(Impresiones de un hombre de buena fé)

ePub r1.0
Titivillus 29.12.2018

Wenceslao Fernández Flórez, 1949
Ilustraciones: Antonio Mingote
Diseño de cubierta: Antonio Mingote

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



Índice de contenido

I. Introito a una labor

II. Se puede ser portero y ser cortés

III. El “hinchismo”

IV. La terrible lucha por el gol

V. Una idea que no parece mala

VI. Cinco goles

VII. El ballet alegórico

VIII. Golpe va, golpe viene

IX. Categoría y responsabilidad

X. La opulenta alcachofa

XI. Un poquito de histeria

XII. El portero ciclópeo de Tarragona

XIII. La lucha por el gol

XIV. Aprovechamiento del puntapié

XV. Un nuevo matiz

XVI. David frente a Goliat

XVII. ¡Al buen gol de España!

XVIII. Amenidad

XIX. Aplicaciones de la cabeza

XX. Los extraños recursos

XXI. Yo puedo ganar partidos

XXII. Impresiones de un espectador primerizo

XXIII. Los goles de casa y los de fuera

XXIV. Los presos, en el fútbol

XXV. Goles de Onteniente

XXVI. La despedida te doy

Capítulo 1
INTROITO A UNA LABOR

Estoy sentado en una grada de cemento, sobre una almohadilla hética, cohibido, como si me sintiera intruso, sin un amigo ni un asesor entre aquella inmensa muchedumbre, mientras los que pasan detrás de mi en busca de su localidad limpian sus zapatos en mi gabán sin excusarse y con la sencillez de quien hace algo recomendado por la costumbre.

Frente a mí, en plano inclinado, diviso largas y altas estanterías de cabezas. Cabezas, cabezas, cabezas…; tantas, que aquella parte del estadio, iluminada por el sol declinante, tiene un unánime color rosa, compuesto a punta de pincel con mejillas. Los cuerpos no se ven, pero hay los que bastarían para poblar una gran ciudad, quizá una provincia, quizá alguna nación americana. En la sumidad de unos mástiles, banderas de varios colores dicen adiós lánguidamente a la tarde. A la izquierda apenas veo más que una columna por la que trepa el anuncio de unas hojas de afeitar. Y abajo, en el centro, un verde prado, donde podrían engordar a placer diez o doce vacas. Una puerta de fútbol aquí y otra allá, enfrente.

Y yo, muy serio.

Supongo que debo explicar mi presencia en un partido de Liga.

A nadie le importa, sin duda, pero lo hago como estímulo propio. Noble es, ¡oh, amigos!, el afán de conocimiento, y nadie debe andar por la vida de espaldas a su época. En esos instantes en que un hombre examina su conducta, me obsesionaba este reproche “Mientras decenas de millares de tus contemporáneos acuden ansiosamente a presenciar sesiones de fútbol y centenares de millares escuchan el galimatías de los locutores de ‘radio’ que transmiten las incidencias de los partidos, y millones de seres los comentan con sincero interés, ¿no es vergonzoso que tú no hayas asistido más de una vez a tales pruebas y que no puedas comprender qué quiere decir un ‘fuera de juego’?” Sí; es vergonzoso. Resolví borrar de mi espíritu semejante inferioridad, y ver con mis ojos y juzgar con mi entendimiento sin que nadie más que mi buen sentido me aleccione, para huir del peligro de las influencias apasionadas que tanto perjudican la exégesis de un deporte.

Por eso estoy aquí, junto a un desconocido que acaba de encender un puro así de grande. De pronto acude a mi memoria el recuerdo de aquellos años en que yo asistía a las corridas para intentar, a propósito de los toros, estudios análogos a los que inicio hoy respecto al fútbol. También en las plazas fumaban puros casi todos los espectadores. ¿Qué impulso irresistible, que subterránea relación existe entre los siempre abominables cigarros puros y el hecho de sentarse en gradas de cemento para

presenciar una pugna? ¿Obedece, quizá, a la misma ley misteriosa, que la ignorancia humana aún no ha desentrañado, y que empuja al hombre colocado ante un bello paisaje a engullir o desear engullir una tortilla de patatas? ¿Puede concebirse como un tributo al deporte tiznar los bronquios con nicotina? He aquí un tema que no acierto a descifrar. Lo anoto para más reposadas meditaciones.

Sobre la muchedumbre flota una neblina de humo de tabaco, como pegada a ella. Mi vecino está a barlovento y los productos de la combustión de su tarugo vienen hacia mí y los aspiro. Como contemplo el puro para calcular su duración probable y la de mi molestia, pierdo los primeros minutos de juego; pero no tardo en caer en la cuenta de lo que se trata. Parece ser que once señores, vestidos muy sencillamente y con extraño gusto, pretenden meter una pelota en una red, sin el auxilio de las manos. Si ustedes se fijan en el tamaño de la puerta, por la que caben no sé cuántos balones juntos, se dirán que la empresa es muy fácil, y lo sería, en efecto, si otros once jóvenes con ideales idénticos aunque referidos a la puerta de enfrente, no se opusieran a ello con incansable actividad y una decisión que llega a parecer tozudez y que consigue irritar al público. Sólo que este público no se impacienta contra todos por igual, sino que una parte encuentra exagerada la oposición de un “once”, y la otra se enfurruña especialmente contra la obstrucción del otro equipo.

Un razonable acuerdo sé le antoja recomendable y fácil a cualquier espectador primerizo. Pero aquí se tiene ya la inicial revelación de la trascendencia del juego. No hay probablemente ningún deporte que carezca de sentido esotérico, y de repente logro el atisbo de que el fútbol es un medio de que se vale la Humanidad para aleccionar así a los jóvenes:

—Hijos míos: he aquí tres palos sobre el suelo, y una pelota. Si os proponen meter esa pelota por el rectángulo que esos palos forman con el suelo, calcularéis que resultará posible sin ningún trabajo. Ocurrirá, no obstante, que frente a vosotros surgirán otros tantos, rabiosamente empeñados en que no llevéis a cabo esa acción que a nadie perjudica y que os llenaría de sano júbilo. Si esto acaece con algo tan fútil, imaginaos lo que os sucederá en unas oposiciones, en un negocio, en cuanto deseéis para vuestro beneficio o vuestro placer. La vida ha sido hecha fácil, mas los hombres la entorpecemos y complicamos, y hasta para llevar una pelota a una red donde caben muchas, hemos de juntarnos once, y a veces no bastamos. ¡Prevenío s, oh, jóvenes!

Y el entusiasmo de la multitud ante el fútbol no está sino compuesto por el lastimado coraje con que cada individuo, irritado por la competencia, entorpecido por los obstáculos implacables, asiente: “¡Es verdad, es verdad; tampoco a mí me dejan hacer gol en la vida!”.

Los jugadores corren, se cruzan, van hacia acá y hacia allá… Pero lo que más me interesa en este partido es que creo haber hecho el descubrimiento de que las puertas

saben jugar y juegan también por si mismas. Como una vieja barrica acierta por sus propias virtudes a mejorar un vino, como la pipa bien cuidada de un fumador mejora el aroma del tabaco, así los largueros de las puertas de fútbol, a fuerza de serlo, son capaces de intervenir en el juego. Sólo de esta manera se explica que tantas y tantas pelotas pasen altas o a derecha o a izquierda… El domingo presencié un caso sorprendente. El guardameta catalán había salido al encuentro de la esfera y estaba en el suelo, lejos de su red; la puerta, libre; la pelota, inmediata; ningún obstáculo. Un avezado jugador del Atlético dió una patada. Yo mismo hubiese logrado un gol. Pero un larguero realizó un invisible esguince e impidió la entrada. Fué la más estupenda parada de la tarde.

El puro sigue ardiendo. Su propietario parece resistirlo bien. Yo, que aspiro el humo que expele, estoy mareado. Mi vecino de la derecha, que respira lo que devuelvo yo, en ración tres veces atenuada, amarillea y suda frío. Es más débil.



II
SE PUEDE SER PORTERO Y SER CORTES

Ha llegado —me dije— el solemne momento de poner a prueba mi ánimo para saber si tengo o no tengo condiciones deportivas. Voy a ver frente a frente al Celta y al Madrid. Yo soy un celta entre los celtas. Si consigo olvidarlo y aplaudir únicamente al mejor, comprobaré que mi espíritu es el de un buen deportista. Si la simpatía racial logra arrastrarme, aquí se ha terminado mi carrera. Observémonos.

Me observé. Y…, si…; noté un aumento de la “saudade”. La verde superficie preparada para el encuentro me hizo evocar mi natal tierra jugosa y glauca. Un prado con una vaca vista de perfil, ¿no es, aproximadamente, un campo de fútbol con su portería? Salieron los íberos. Salieron los celtas… Mi corazón dió un ansioso saltito, como si quisiera ser visto por ellos. ¡Ya estamos todos aquí, hermanos! Delante no hay más que una red para contenernos. Detrás, empujándonos, está todo el vigor de una raza que llegó desde la asiática cuna hasta los finisterres de Europa, que prefirió la espada a la lanza, que se formó con vates y con sacerdotes y filósofos espiritualistas. Detrás está él Rey Artús y Tristán e Isolda y las asombrosas empresas que llevaban a nuestros héroes a visitar el submarino reino de los muertos. Y ahora sólo se trata de introducir una pelota en una red. ¡Hacedlo!

Dos minutos después…, los íberos se apuntaron el primer gol.

Entonces —estoy escribiendo una confesión sincera— padecí durante algunos momentos una aberración deportiva. Ayudé al Celta. Cargué contra mi acompañante de la izquierda, que a su vez, estaba cargando contra mí porque era “madridista”. Fué una acción medio disimulada, que no resultó incorrecta. Pero, además, chuté. Esto —lo reconozco— ya es grave. Sírvame de disculpa, si puede haberla, que ocurrió en un instante difícil, cuando la pelota pretendía entrar nuevamente en la misma red. Bien por solidaridad regional, bien porque me pareciese que la cosa iba demasiado aprisa, extendí un pie y batí a uno de los vecinos de la grada inferior, el cual, por los mismos o por encontrados anhelos, estaba propinando un puntapié de socorro al que ante si tenía, que ya había dado dos patadas de colaboración —y acaso preparaba la decisiva— contra los glúteos de otro espectador al que ni siquiera estaba presentado.

No se pudo evitar que el segundo gol tuviese realidad a los cuatro minutos. Pero me devolvió mi autodominio. Comprendí claramente que aquella intervención era reprochable y hasta punible. Bien sé que, en determinadas ocasiones, el hombre cede a una imperiosa necesidad de auxiliar o entorpecer cosas que ruedan, con movimiento del cuerpo, aunque no las toque. Los jugadores de billar echan el busto hacia adelante

cuando creen que la bola no va a llegar hasta donde desean, o hacia atrás si es la de su competidor y recelan que logrará el contacto. Los ocupantes de un coche oprimen con los pies frenos imaginarios si temen chocar. Nada de esto agrada ni a los chóferes ni a los billaristas, que suelen advertir que "no vale hablar a las bolas". Algo habrá de malo en ello. Las fuerzas del magnetismo animal son un misterio todavía.

Mi ofuscación duró esos cuatro minutos. Después, dueño de mí, pude contemplar imparcialmente el partido. Había salido victorioso de la prueba.

Y me apliqué, con serena mirada, a hacer observaciones que enriqueciesen mis escasísimos conocimientos.

La mejor impresión de la tarde se la debo al guardameta del Celta. ¡Excelente muchacho! Si los azares de la cambiante y peligrosa vida de nuestros tiempos me llevasen a ocupar un puesto análogo al suyo, no querría portarme de otra manera. A los demás jugadores no se les puede pedir reflexión; se enardecen, corren detrás de una pelota que nunca está quieta, que ya se dispara contra ellos hundiéndoles el vientre cuando menos la esperan, como se la arrebatan cuando creen tenerla segura entre sus pies; ora trotan hacia aquí, ora hacia allá, tropiezan, se caen, y aunque su cerebro sea privilegiado, pocos minutos después de usarlo a modo de mazo para impulsar la pelota a distancias inverosímiles, sería exagerado exigirles que tuviesen sus ideas en orden. Mas el portero, arrimado a una jamba, dispone de tiempo para meditar. Presencia, inmóvil, aquel afán, aquella pugna angustiosa, aquellos choques casi crueles; sabe que todo ocurre por meter un poco de aire forrado de cuero en su red, y que él es, en última instancia, el obstáculo. ¿Cómo reprocharle que algunas veces piense con buen corazón: "¡alegraos, camaradas; si en eso consiste, como parece por las trazas, vuestra felicidad, no quiero oponerme a ella; pasad!"? El guardameta céltico se me antojó un modelo de cortesía y de comprensión bondadosa. No defraudó al público, porque supo dispararse por los aires en ese difícil remedo de tigre que salta, siempre tan codiciado por los fotógrafos; pero sin tropezar con la pelota. Una vez, tres veces, seis veces…

Sí, señor; seamos corteses los unos con los otros. Si acogemos alborozadamente mediocres comedias de algunos escritores extranjeros que han suscrito manifiestos calumniosos contra España, ¿cómo negar a la propia familia el inocente júbilo del marcador?

Un fuerte sentido de la equidad me instiga a difundir que si bien el Celta no obtuvo ningún gol, cosechó varios interesantes vicegoles. Así como el vicepresidente es lo que más se aproxima al presidente, y las vicetiples, aunque no siempre son los que se aproximan más a las tiples, les siguen en categoría, así llamo yo "vicegol" al hecho de que una pelota pase por encima o al lado de la puerta o bata en los largueros, sin ser gol, pero en inminencia de serlo. Este fenómeno carece de

denominación propia en el fútbol, y yo tengo un gran placer en condensarlo en una sola palabra, de la que hago regalo para contribuir al esplendor del deporte.

“Vicegol”… Suena bien y es a un tiempo consoladora y exacta.



III
EL «HINCHISMO»

En España, el fútbol tuvo su aurora en Vizcaya y en Galicia. Lo trajeron los marinos británicos y los muchachos que iban a educarse a Inglaterra. Pronto fué pasión. Como en todas partes. Casi en mi adolescencia, el Club Coruña y el Club Deportivo escindieron la opinión de la capital gallega en antagonismos irreductibles, tan hondos como ni antes ni después se conocieron. El vecino más entusiasta del Deportivo se llamaba Pelletier, y era dueño de la mejor confitería de la ciudad. El partidario más ardiente del Coruña se apellidaba Vinós, y era suya la más elegante camisería. Ambos, dos hombres de corrección impecable.

Desde que sus preferencias los significaron, ningún “coruñista” volvió a probar los exquisitos pasteles de Pelletier. Vanamente se renovaban las tentaciones de aquel escaparate de la calle Real, porque hasta una simple mirada a ellos ponía amargura en el alma y en el paladar de los discrepantes. Y para siempre jamás renunciaron los “deportistas” a las embellecedoras corbatas, a los impresionantes bastones, a los gabanes ingleses que, en otro trecho de la misma calle, convertían la muestra de Vinós en una seducción deslumbradora.

Pero yo había olvidado ya todo aquello cuando acudí el domingo a perfeccionar mi educación futbolística con las enseñanzas que quisiese brindarme un encuentro entre el veterano Deportivo coruñés y el Madrid. Muchos años pasaron desde aquella época; los hombres cambian; las costumbres se modifican, cada generación se precia de descubrir inéditas posturas.

Muchos años pasaron. Pero los hombres que desdeñaban las corbatas o que fruncían el ceño ante los pasteles estaban todavía en el Estadio de Chamartín, silbando frenéticamente al equipo forastero.

Fué la primera vez que me puse en contacto con los que sé llamaban “hinchas”. (Pudiendo elegir a su antojo cualquier otra denominación, no me explico por qué eligieron ésa tan fea). Son conmovedores. Quizá haya quien objete que, en buena norma deportiva, la admiración y el aplauso deben ser para el mejor, y haga quien haga una buena jugada, merece que se le reconozca y premie. Pero este concepto resulta demasiado estrecho e inimportante para el “hincha”. El “hincha” no cabe en él. ¿Qué es el “hincha”? El “hincha” es un idealista. Alabados sean los hombres capaces de sentir fuertemente un ideal. Él pone su ilusión, su esperanza, sus anhelos en que su club sea invencible. ¿Nada más? Sí; pone también su dinero, su garganta, sus músculos, su hígado. Se contorsiona en el asiento, se dispara su corazón, vocifera contra el árbitro o para animar a sus jugadores o para increpar a los otros, salta

cuando ocurre un gol, bracea a cada vicegol. Si al final de un encuentro se les hiciese un análisis de sangre, se descubriría en ella más adrenalina que en la de los once “equipiers”. ¡Sufren, caramba, sufren! No creo que pueda discutirse su derecho a hablar en primera persona del plural cuando se refieran a victorias de su equipo. Hay hombres que necesitan goles. ¿Para qué? ¡Ah!…, eso ya no puedo explicarlo. ¿Para qué necesita usted fumar cierta clase de cigarrillos? ¿Para qué reclama usted tantas y cuantas tazas de café cada día? Pues si otros quieren goles, sea usted comprensivo. Necesitan goles; ésta es la verdad; y los extraen de una entidad “ad hoc”. Que San Pedro se los bendiga.

Al terminar el partido, avancé con ánimo despreocupado por la avenida. Iba feliz, porque me había despegado de la espesa muchedumbre, porque la tarde era tibia y aun luminosa y porque estaba convenido que cenase aquella noche con unos amigos agradables. Tarareaba suavemente.

Una mano se posó en mi hombro.

—Le doy a usted mi pésame —declaró un conocido.

—¿Por qué?

—¡Hombre…; tres a uno…! ¿No es usted coruñés?

—¡Ah, claro!

Más adelante, otro comentarista:

—Lo he sentido por ti, chico. Habrás pasado un mal rato.

—Figúrate.

Comprendí que los “hinchas” no conciben una posición ecuánime, y al suponer que otro se aferra a cualquier preferencia, le otorgan una consideración, lo proclaman normal como aficionado. Cambié la expresión de mi rostro, incliné la cabeza y corté el canturreo. Vi claramente que otra actitud hubiese parecido monstruosa. La cosecha de pésames fué creciendo. Antes de llegar a mi casa tenía la impresión de que los tres goles me los hicieron a mí, y de que la pelota había entrado por la puerta de mi alma.

Aún luchaba con el lazo del “smocking”, cuando sonó el teléfono. Eran los amigos con quienes iba a comer.

—¡Hola! —saludó alegremente.

Y una voz cortésmente entristecida me habló:

—Nos hemos enterado de eso… de los tres goles…

—Sí…; es verdad…

—Naturalmente…, no estarás para fiestas…

—Bueno —me defendí—; sin embargo, el Deportivo ha jugado muy bien…

—Desde luego…, pero tú…, ya lo suponemos…, te encontrarás deprimido…

—Hizo un gol de los buenos —encomié, desesperado por perder la apetecida diversión.

—Ya sabemos, ya sabemos. Mira: somos de confianza… No vengas… No queremos caras tristes.

—¡Oye! —rugí.

—Nada…; estás disculpado…; en tu lugar, también nosotros…

Y colgó, convencido de haber interpretado mi estado de alma.



IV
LA TERRIBLE LUCHA POR EL GOL

Quizá no sepa decir cómo debe ser un estadio, pero si me preguntasen cómo no debe ser, citaría al Metropolitano de Madrid. Vistas desde fuera, sus puertas principales parecen dar acceso a un corral; la gran marquesina de las tribunas recuerda la techumbre de algunos mercados o de inhóspitas estaciones de ferrocarril; las gradas de cemento son estrechas e incómodas, y los altos cubos de las columnas que soportan el techo están colocadas con tan prodigiosa malevolencia, que siempre se interpone uno entre el espectador y aquel trozo del campo donde se desarrolla una jugada interesante. Es posible que los estadios envejezcan más pronto que ninguna otra construcción; lo cierto es que en éste, mejor que ciudadanos con gabardina, entonarían señores de sombrero hongo, perilla y levita muy corta y abrochada hasta cerca del cuello, y la gente tiene un aire de extemporaneidad. En las paredes, como tremendo yerro en tal lugar consagrado al sano vigor físico, se anuncian anises y coñacs, en vez de marcas de poleas o de guantes de boxeo, y en los intervalos del juego, grandes letras, conducidas por hombres invisibles, se pasean en torno al campo, componiendo la palabra con que se designa un analgésico, Sobresaliendo del conjunto, se ven montículos de color ocre y casas en cuyos balcones y terrazas se acumulan personas que presencian el partido sin haber pagado y que nos producen la deprimente impresión de que son mucho más listas que nosotros. Todo es melancolía.

El partido del domingo, entre el Atlético de Bilbao y el de Madrid, me ilustró acerca de nuevas particularidades. La gente sufrió mucho. Pero a eso va. Y gritó locamente. Pero lo necesita. Creo haber llegado a descubrir que no es otro el motivo fundamental de la asistencia a los encuentros futbolísticos. Millares y millares de individuos acumulan día tras día, en el vivir de una ciudad, una irritación que llega a hacerse intolerable. Es el tranvía donde no encuentran plaza, o el estraperlista que aumenta los precios, o el jefe gruñón, y el deber del trabajo, y la necesidad de madrugar, y las restricciones… Ya el lunes comienzan a sentirse desgraciados, porque es lunes, y el sábado tienen su organismo saturado de las toxinas de la vida social. Resulta peligroso sublevarse contra el jefe o producir un alboroto en la calle contra el autobús que no llega, y la familia ya no hace caso de vociferaciones. Aquel hombre necesita descargar sus nervios, gritar, insultar, mostrarse frenético al aire libre, clamar contra sus acumuladas contrariedades. Vive dos horas en una atmósfera de exasperación. En el árbitro —por eso se agravia tanto y siempre a los árbitros— injuria a la autoridad de sus jefes, en el equipo forastero silba a sus propios competidores, en el ansia con que reclama un “penalty” contra ellos a cada minuto, da salida a su afán de general descacharramiento. Luego se va, laxo y aquietado.

Podría muy bien existir un lugar para gritar colectivamente por poco dinero, y vendría a ser lo mismo…

En el reciente encuentro dominical, la nota de violencia pareció ofrecer un acento más fuerte. He visto caer algunos jugadores tras de choques fortuitos con sus compañeros. Cuando un jugador cae, produce el efecto de que no podrá levantarse ya; no se revuelve ni patalea, ni sale saltando a la coxcojita: se queda inmóvil. Lo que se le ocurre a un espectador inexperto es pensar: “Ése ya murió; que traigan otro”. Pero tal actitud se adopta cuando lo que le importa a uno es el partido, y yo no estoy todavía en ese caso. Me han dicho que cada jugador cuesta una fortuna, y cuando los veo inánimes sobre el césped, me acomete una angustia semejante a cuando veo caer un jarrón chino u otra cosa así, frágil y de gran precio. “¡Se rompió!”, me digo. Pero ¿se rompió mucho? ¿Se rompió poco? ¿Se rompió diez mil duros? ¿Se rompió tres pesetas?… Entonces suele salir de no sé dónde un sujeto con un cubo y una esponja. Quizá el cubo va lleno de cola; el sujeto se inclina, hace algo y el jugador continúa con sus patadas, ya bien pegado y como nuevo. Y respiro. ¡Señor: con lo que valen!

Entre el público hubo también sus víctimas. En la compacta acumulación de la “entrada general” se produjo de pronto un desmoronamiento. Fué como si en una apelmazada extensión de arena seca se diese un corte y de las orillas se desprendiesen los granos hacia el fondo. Ignoro lo que sucedió, aunque, sin duda, lo contarán los reporteros. El caso fué que comenzaron a pasar camillas por el paseo de ceniza que bordea el campo. El juego continuaba. Los del Atlético madrileño, que llevaban unas camisetas a rayas, muy feas, que ya vi otra vez —con tanto dinero, ¿por qué no tienen más diverso surtido?—, se ajetreaban contra los del Atlético bilbaíno, a trozos de blanco y a trozos de azul. O algo así. Una camilla, tres camillas, siete camillas… Nadie les hizo caso. Como una anchoa en un trozo de pan, los heridos pasaban tendidos en la lona. La pelota estaba cerca de la portería madrileña. El público, excitadísimo, ladraba. Los jugadores entremezclábanse afanosamente. Uno de los heridos —triste breva humana, verdadero papandujo logrado a presión en el accidente lamentable— iba inerte y como difunto. Al pasar cerca del campo, hizo un esfuerzo para incorporarse y mayó:

—¡Señor camillero, señor camillero! ¿Quieren detenerse un instante? Aún veo algo con el ojo derecho. Déjenme enterarme de si hacen gol.

Y el gol ocurrió. El herido volvió a cerrar los párpados, como si ya no tuviese nada que ver en lo que le restase de existencia, y ordenó con voz apagada a sus conductores:

—¡Tiren!



V
UNA IDEA QUE NO PARECE MALA

Era ya un poco tarde y una muchedumbre afanosa subía la leve pendiente que da acceso al estadio de Chamartín. La muchedumbre es impresionante cuando entre sus individuos existe solidaridad; pero en esta ocasión, con tener cada uno de los caminantes las mismas dos preocupaciones que los demás (llegar a tiempo al partido y no ser atropellado por cualquiera de los innúmeros automóviles), era evidente que a nadie le importaba que los otros alcanzasen tales fines, y en obstinado zancajeo había una tozudez personal e intransferible, y en el jadeo, impudor (¿se han fijado ustedes en que los transeúntes apresurados suelen sentir una especie de vergüenza si se les mira jadear?) y en todos esa prisa de ir al fútbol, sólo comparable a la prisa de alejarse de la oficina, también individual e irreprimible, aunque menos hosca.

—Tendré que revisar —anoté mentalmente— mi concepto del fútbol. Como deporte y en su esencia no es demasiado estimable, pero lo que de él dimana parece ofrecer caracteres de importancia. Su símbolo puede ser muy bien la pelota con que se juega: nada por dentro y una fuerte capa alrededor. Más que hacia el fútbol debo abrir los ojos para sus consecuencias. Estas mujeres, estos hombres, viejos, maduros y jóvenes, que veo marchar casi a paso gimnástico, ¿qué hacen sino practicar un “crosscountry”? Sin el fútbol, no se moverían de sus casas o se quedarían indolentemente en un café. Ahora queman grasas, activan la circulación, realizan un ejercicio. Y ganan dinero. Porque viniendo a pie desde sus lejanos domicilios ahorran las dos o tres pesetas que cobra un autobús por traer gente al estadio de Chamartín, y si no hubiese fútbol, no tendrían que venir a Chamartín y no podrían ahorrar las tres pesetas. Así debe afirmarse que se robustece la salud pública, se afianza la economía nacional y adquiere esplendor magnífico una virtud, que de tal califican al ahorro los directores de Bancos “nemine discrepante”.

Casi a mi lado, traspuso la entrada el Sr. Fandiño. No me extrañó, pero tuve un ligero sobresalto. Cada año, por estas fechas, el Sr. Fandiño establece un fugaz contacto conmigo. Es el creador —pero quizá lo conozcan ustedes—, es el creador de los “Almanaques Fandiño”, una birria de calendarios que compra en cualquier almacén y coloca entre los abonados a Teléfonos tras insistentes llamadas y asegurando que se trata de una contribución a una obra benéfica. La obra benéfica es él mismo. La creciente y arrolladora competencia le obligó a abandonar el negocio.

Pero Fandiño es un “proyectista” inagotable.

—Me trae aquí —susurró en mi oído— un asunto que me sugirió su última crónica. Hemos de hablar.

—Bueno —sonreí tímidamente—; tengo prisa.

Ocupé mi asiento y pasó lo de siempre: sonó un pito y veinte muchachos se dieron a correr en pos de una pelota enloquecida a fuerza de patadas. En los primeros minutos me parecieron exactamente iguales a los que ya había visto en mis cuatro experiencias anteriores, pero no tardé mucho en fijarme en que la mitad de ellos cubrían sus piernas con medias a rayas blancas y azules, desconocidas para mí. Eran alcoyanos. Y apenas lo supe, me poseyó una tierna nostalgia. ¡Alcoy!… ¡Alicante!… Soy alicantino de adopción, y en aquella tierra encantadora y tibia, la de los pueblos bellamente extraños, la de los castillos a lo Gustavo Doré, la de los montes de impresionantes perfiles, la que está bañada por un mar azul que guarda peces de fantasía japonesa, corrí una de las aventuras más adorables de mi vida, halagado por la ancha y honda hospitalidad de sus moradores, que me dejaron comer en ocho o diez días toda la cosecha arrocera de Levante, condimentada según exquisitas recetas. Fui como una plaga para la región. Y ellos correspondieron guardando para el huésped esa exquisita amabilidad que sólo se encuentra en Alicante o en las costumbres de los patriarcas bíblicos. Ahora vienen aquí en busca de unos goles. Que el Destino se los dé, hinchados, abundantes y apetitosos como granos de arroz en la paellera.

Parece, no obstante, que no es ésta la intención de los hados. No más que una vez meten la pelota en la portería contraria. Chutan mal. Pero chuten mal o chuten bien los alcoyanos, he de proclamar que, por lo que llevo visto, son los reyes del vicegol. Sí; han conseguido vicegoles escalofriantes, de esos que rozan los largueros o que cruzan como bólidos ante la puerta, que arrancan el aliento de los pulmones del público y columpian el corazón desde la inquietud a la paz. Ignoro si, al aleccionarme, cambiaré de opinión, pero yo prefiero los vicegoles. Entre ellos y el gol hay la misma diferencia que entre lo que pudo ser y lo que fué. Y lo que pudo ser es más interesante y poético.

El caso de Romeo y Julieta en el último acto, señores míos, es el de un doble y auténtico vicegol. La felicidad, bien preparada, pasa rozando el marco de sus vidas, pero un penoso error hace que se vaya a perder en la nada.

En el descanso, salgo a desentumecerme a un pasillo.

El “proyectista” se acerca a mí. Tiene aquella expresión concentrada y un poco ausente de sus más felices inspiraciones. Me coge de un brazo.

—La ocasión es magnífica —susurra—. Se nos ofrece un negocio ingente. ¿Dispone usted de dinero?

—Fandiño —me defiendo—; ya hay treinta distintos calendarios benéficos en mi casa.

—No se trata de bagatelas, sino de hacernos ricos de una vez. Usted escribió que estos jugadores cuestan mucho. Pero ¿sabe usted cuánto?… ¿Se ha fijado en el que consiguió el primer gol? Se llama Pahiño. Me han dicho que pagaron por él un millón.

—¡Un millón!

—En total, poco más o menos. Ahora, atienda usted; voy a explicarme rápidamente, porque no podemos perder tiempo. Si dispusiésemos de un jugador para venderlo, ganaríamos más que con un camión de alubias, más que con un coche de segunda mano… Millares y millares de duros.

A repartir. Usted, será el socio capitalista. ¿Conviene? ¡Pronto!

—Pero —balbucí, deslumbrado—, carecemos del jugador.

—Ahí hay uno, gimiendo en el cuarto de los futbolistas. Se llama Montalvo o Montalván. Se cayó o le han dado una de esas patadas de las que, cuarenta años después, quien la recibió habla a sus nietos. Quizá no pueda jugar en varios meses. Es el momento. Vamos nosotros, conferenciamos con quien sea, y nos lo venderán barato. Diremos: “Ya no sirve para nada, pero… se trata de un capricho tonto”. Después lo cuidamos bien: ternera, escayola y todo lo que haga falta. Al cabo de medio año, este hombre, que es un magnífico futbolista, mete una pelota por el ojo de una llave. Y a revenderlo. Nos darán lo que pidamos. Entonces compramos otros, y así sucesivamente. Es posible que lleguemos a la cría del futbolista. No hay un negocio mejor. Un verdadero fortunón, amigo mío.

—¿No tendría algo de estraperlo? —recelé.

—No; pero no importa.


FUTBOL

VI
CINCO GOLES

Compasivas y ansiosas, buscan mis miradas al árbitro. Después de lo sucedido hace días, pasé una semana de preocupaciones. ¿Querrán los hados crueles que sea testigo del linchamiento de uno de esos seres movedizos que tocan el pito en los encuentros de fútbol? Existe contra ellos una saña constantemente apercibida, que estalla con la rapidez misma con que se inflama el magnesio y que a veces impregna los artículos de los revisteros partidistas. Agitando los brazos erguidos, millares de espectadores vociferan insultos cuando les sobresalta el silbido, antes aún de comprobar los motivos del árbitro. Sospecho que no se podría encontrar en un estadio más de media docena de personas que no estuviesen seguras de poseer mejor ciencia del juego que él, ni más de un centenar que no desease en ocasiones agarrarlo por las solapas. Sobre el árbitro se cierne sin cesar una roja amenaza. Ningún héroe, ni aun los fabulosos, ni aun Orlando, dispuesto a acometer un ejército con la única arma del árbol arrancado del suelo con su potentes manos, vivió nunca tan pavoroso instante como el que conoce un árbitro cuando en torno de él, en el inmenso vaso del estadio, cuarenta o cincuenta mil energúmenos se alzan e inician su enfurecido avance convergente hacia sus pobrecitas carnes estremecidas. En otros tiempos, colgada de las paredes de las casas, una litografía excitaba la ternura en los corazones. Se titulaba “La marcha del soldado”. Quizá en nuestra época debiera ser sustituida por “La marcha del arbitro”, y representar a este juez —¡oh, infelice!— con sus pantaloncitos deficientes y el silbato al cuello, como un talismán, procurando sonreír entre los brazos de su mujer llorosa, mientras sus hijos mojaban con moquitos el borde de la chaqueta oscura.

Las frentes de muchos hombres sensatos están arrugadas desde los sucesos pasados ¡No más sangre, Señor, no más palizas en este mundo de responsabilidades de guerra y de fútbol! Hay que hacer algo para evitarlo, y no creo que sea muy útil conferir el arbitraje a coroneles de la Guardia Civil, como oí proponer a dos o tres sociólogos. Tengo una idea mejor y de rancio y eficaz abolengo Las faltas, los “penaltys” y hasta la misma validez de los goles, podrían ser votada: por el pueblo, mostrando los pulgares hacia arriba o hacia abajo, como se hacía en los circos romanos para decidir la vida o la muerte de los gladiadores. La Federación debe estudiar esta iniciativa

Cuando mis ojos se apartan del árbitro buscan a los muchachos del equipo de Sabadell. Temo que mi tendencia a fijarme en los trajes con que se presentan los jugadores caracterice más a un espectador de revistas coreográficas que de fútbol, pero si esta curiosidad no es muy ortodoxa, ya la corregirá en mí la experiencia. Yo

supongo que por alguna razón elegirá un club sus colores. Los modelos que presentaron los del Sabadell mostraban blusas a grandes cuadros azul marino y blancos. Mi primera impresión fué desaprobadora. Aquello me pareció… digámoslo así… un poco pobre. En Sabadell se fabrican magníficos estampados y un equipo creado allí quizá debiera sentir el orgulloso deber de lucirlos. Pero pronto adiviné la ingeniosa intención. Sin duda, los sabadellenses procuran "camuflarse". Las excelencias del "camuflaje" se han probado con éxito en edificios, vehículos, combatientes y emplazamientos de baterías. Encuentro muy moderno y muy sagaz aprovecharlas para el fútbol. Los competidores que vean ante sí blusas cuadriculadas han de pensar, a la fuerza: "¿Juego al fútbol? ¿Juego al ajedrez…?". Y por fugitiva que sea tal vacilación, dará tiempo a burlarles la pelota. La argucia del Sabadell cuenta con mi simpatía.

Y el equipo también. Allí estaba corriendo de un lado para otro y embarcando goles como un bote viejo embarca agua. Me han dicho que es el último en la primera categoría y cada derrota representa un empujón hacia el sombrío abismo de la segunda, que tanto temen todos los clubs. Es triste ser testigo de una decadencia, Pero el público sentía sed de goles. En cada golpe frustrado —vicegol— exhalaba un rugido de pena. A cada gol logrado alzábase el poderoso rumor de esos comentarios que cada espectador comunica al vecino y recibe de él, a su vez, al mismo tiempo, y que no sé en qué consisten. Escuche, para aprender e imitarles, pero sólo percibo:

—¡Mau…, jau…, oou…, jau!…

Y, a veces, por no descubrir a los más próximos mi ignorancia, también murmuro:

—¡Jau…, jau!…

Y nadie se extraña. De lo cual deduzco que nadie tiene nada que decir acerca de aquello tan fútil y que si se habla es por una simple excitación.

Con cinco goles sobre sus espaldas ajedrezadas, Sabadell sucumbe. Pienso con caritativo pesar:

—Si yo tuviere ahora, aquí, uno o dos goles, se los daba, aunque me quedase sin ninguno.



VII
EL «BALLET» ALEGORICO

traedme, fieles servidores míos, las más cumplidas medias inglesas de dulce lana, y un par de esponjosos “jerseys”, y la gorra pasamontañas, y la acariciadora bufanda donde gusta de formar nido la barbilla, y los guantes desde cuyas entrañas de piel se atreven los dedos a hacer al frío un ademán insolente; traed el vestido más fuerte entre mis vestidos, y el gabán que más abrigue; que he mirado el termómetro en el balcón y he sentido al bóreas serrano silbar una musiquilla en los árboles del bulevar. Y no preguntéis nuevamente “¿Do vais, señor?”, porque la angustia de vuestro acento podría restarme ánimos. Al campo voy, al Chamartín lejano que servirá hoy de palenque a lusos y españoles —si ya los han puesto a deshelar— en homenaje a un jugador de fama, como en siglos remotos se organizaban justas para festejar a princesas. Y allí conoceré cómo los futbolófilos honran a uno de sus héroes.

Dije, y salí, lanudo y abrochado. El sol de aquella tarde era como el sol de la gloria: luminoso, pero sin calor; algunos picos del Guadarrama se habían puesto ya sus blancas pelucas invernales; caído hasta el fondo del estrecho pozo de los termómetros, el mercurio pedía inútilmente socorro. Seguí andando. Lo que el cierzo silbaba, a mi paso, en las estremecidas ramas desnudas, era —lo pude entender— la popular canción que gime: “¿Dónde vas, Alfonso XII?”.

Temí estar solo, pero millares y millares de espectadores cubrían todas las localidades. Cuellos de gabán subidos, sombreros encasquetados, manos que agarraban dentro de los bolsillos las últimas calorías para impedirles huir; cincuenta o sesenta mil narices amoratadas, cincuenta o sesenta mil comiditas enfriándose peligrosamente en el interior de otros tantos estómagos, cien mil pies donde un millón de dedos estaban en las últimas, los resfriados zigzagueando como murciélagos y la pulmonía cerniéndose como un gavilán. Pero la gente, firme. ¡Delicioso panorama para un fabricante de parches porosos! ¿Qué otro motivo podría atornillar en sus asientos a tan sufrida multitud?

En el campo, los once del Madrid, con sus blancos trajes, eran once sorbetes de arroz, once montañas de nieve que agudizaban la impresión de frío. Resultaba imposible mirarlos sin estornudar. Con sus blusas de un rojo vivo, los jugadores del Bemfica ponían, en cambio, una ilusión de brasas desparramadas sobre la hierba. Insinuábase en el alma la sospecha de asistir a un “ballet” o a un juego que hubiese elegido este día del agonizante otoño para simbolizar la lucha del gélido invierno con el ardiente estío, disputándose en la esquemática pelota el poder sobre el redondo sol.

Veintidós jugadores en el campo. Y el viento Norte, también.

Al terminar el primer tiempo, las blusas bermejas de los del Bemfica ya no recuerdan a nadie el tono alegre de las brasas, sino la irritada rojez de los sabañones. Dentro del ataúd de los zapatos debe de haber centenares de dedos muertos. En muchos lugares, los espectadores aprovechan el descanso para reaccionar saltando con la misma técnica de los indios de las películas antes de entrar en combate o de los comparsas de una opereta cuando el lugar de la acción es el Infierno. En lo alto, las banderas enloquecidas quieren escapar del frío, remedando el esfuerzo con que tiran de los ramales que les retienen, los caballos que han venteado al lobo.

¡Brrr!

(Esta onomatopeya no viene a nada. El lector puede prescindir de ella, pero no la tacho porque, como me salió del alma, me parecería menos espontánea mi crónica).

Reconozco que debo tratar de otros aspectos y pido disculpa; si me entretuve en describir el ambiente y nuestros sufrimientos, fué porque, tal como están las cosas, no tengo la menor esperanza de formar parte de una auténtica expedición al Polo. Pero no olvido que vine a presenciar un homenaje. He asistido a muchos, me agrada que se premie el mérito dondequiera que esté; mas en el caso del domingo… no sé si habré comprendido bien todas las escenas.

El sujeto del homenaje era el Sr. Ipiña. De mis observaciones en los partidos pude deducir que los grandes jugadores se encuentran en los terminados en “iña” o en “iño”, como Ipiña y Pahiño. Esto quizá parezca raro a algunos y hasta se negarán a admitir fundamento a tal creencia; sin embargo, otras análogas aceptamos sin discrepar. Por ejemplo: que las angulas de lomo oscuro son más sabrosas que las demás. ¿Qué tendrá que ver el color con la suculencia? Pues, sí señor; y lo mismo puede ocurrir con esta peculiaridad del fútbol. Ahora que yo no insisto demasiado, porque, en verdad, no sé si juegan muy bien los que terminan en “iño” e “iña”, o se trata de desinencias que se aplican a los que juegan muy bien.

Sea como fuere, el Sr. Ipiña disfruta de gran renombre en su profesión. Quisiera decir algo más para cumplir con mi deber de cronista, pero todo mi archivo consiste en la tarjeta que me entregaron con el billete de entrada y que reproduce la ficha del capitán del Madrid. Según ella, comenzó a jugar hace veintidós años e intervino, en ese tiempo, en mil partidos. ¿Nada más? Nada más dice.

Los datos son secos, sin jugosidad, sin conjugaciones. Cuando se nos habla de algo así nos agradarían otros detalles impresionantes, aleccionadores y curiosos. Verbigracia: con todo lo que corrió en esos mil partidos, ¿cuántas veces lograría dar la vuelta al mundo? Sumados los volúmenes de todas las pelotas con las que tropezó en la vida, ¿compondrían una esfera igual a la luna? Si acumulase en uno solo todos los cabezazos que dió a los balones, ¿representaría la fuerza suficiente para romper

con la testa las murallas ciclópeas de Tarragona…? Cálculos parecidos nos facilitaríán una idea más apasionante.

Tampoco el homenaje fué, a mi juicio, adecuado. Imaginen ustedes que el Sr. Ipiña, mezclado con los demás jugadores, hubo de pasar la tarde trotando como cada quisque y padeciendo los sobresaltos propios del juego. ¿Eso es un homenaje? El homenaje a un futbolista debe consistir en dejarle hacer todos los goles que se le antojen: cuarenta, ochenta, doscientos seis…; o en que se quede como solista en el campo, chutando en todas direcciones y llevando la pelota para donde le dé la gana, con las manos y con los pies, sin que el árbitro pite ni otros jugadores le estorben; y consentirle que se pusiese un gabán. Ésa sí que sería una inolvidable tarde feliz para un "as", para un jugador ilustre; en una palabra, para un "iña".

El "ballet" terminó con el triunfo del invierno. Los once carámbanos simbólicos encerraron cinco veces, a patadas, la alegoría del sol que era la pelota en la red de las once llamas. En la torreta del marcador quedó para el Bemfica un cero negro y redondo como un astro apagado.

Representaba también el cero termométrico.

En fin, muy bonito.



VIII
GOLPE VA, GOLPE VIENE

temo no ser capaz de ofrecer en ninguna ocasión de la reseña de un partido de fútbol. El lector necesita saber quién le dió una patada a la pelota, quién la golpeó después, hasta dónde llegó y cómo se llamaba el que interceptó su trayectoria. Todo esto requiere dotes asombrosas. Traspasado de frío en mi asiento del Metropolitano, pienso melancólicamente en dimitir. Existen innúmeros equipos de fútbol en España, pero, como puede comprobarse en las noticias de Prensa y “radio”, los revisteros conocen los nombres de todos los jugadores, ya, sean de Madrid, ya sean del más remoto de los pueblos. No dicen, poco más o menos, que había allí un jugador que dió un puntapié regular o magnífico, sino que citan su nombre. A mí me parece maravilloso. Desgraciadamente soy el peor fisonomista del mundo; la dificultad de retener en la memoria rasgos faciales me crea, sin cesar, embarazosas situaciones; sorprendo con saludos efusivos a gente que veo por primera vez y paso indiferente junto a personas que me han sido presentadas con reiteración. Esto me aflige, pero no está en mis posibilidades corregirlo. Imaginen ustedes lo que sería para mi intentar una reseña con los detalles que exigen la costumbre y el público.

Entre nosotros, yo no creo que nadie distinga desde las gradas a los jugadores. Todos son iguales, y supongo que o bien se distribuyen al albur entre ellos los nombres leídos en el periódico o bien se los inventan, porque, al fin, tanto da. Mis esfuerzos por conseguir una detallada referencia del partido consiguieron apenas este resultado, con la ayuda de los números que los futbolistas se dejan poner en la espalda:

El 4 pasa la pelota al 7; el 7, al 5. Se interpone el 8 bis y se la manda al 6, que a su vez la envía al 9, pero el 10 bis la tuerce hacia el 8 bis, y entonces el 11 le da una feroz patada al 4. El 5 chuta y el 7 bis sale corriendo.

Recelo que esta descripción parezca confusa, aunque a mí me da la impresión de esa movilidad un poco mareante que caracteriza al futbol. En todo caso, no la ofrezco como definitiva y admito que puede ser mejorada.

El encuentro del domingo fué un poco más animado que casi todos los que presencié hasta la fecha. Los técnicos opinan lo contrario porque hubo “cargas” y golpes, pero esto es precisamente lo que le dió amenidad. Juzguemos el trance, señores, con criterio humano. Si usted va corriendo detrás de una pelota con el empeño conmovedoramente fútil de meterla en la red, y viene otro señor y se la arrebata, es posible que, por educación, no diga nada. Pero si vuelve a conseguir el balón y aquel entrometido insiste, seguramente usted se sentirá molesto. Y si otra vez

y otra vez repite su acción, por santo que uno sea, notará hervir la cólera. ¡Qué diablo —habrá de pensarse—; déjeme usted con mi trabajito, que a nadie hago daño!

El portero del “Español” hizo dar a un jugador del “Atlético” una vuelta de campana. Sí, pero del más limpio estilo de lucha libre. Ben Barek castigó con una patada en el vientre a uno del “Español”. Gran patada. Patada “de clase”. Ya estaba a punto de finalizar el partido cuando esto ocurrió, y fué una pena, porque se malogró así el ensayo de una nueva modalidad de fútbol, que no creo que sea vituperable, desde el punto de vista espectacular. Hacer que el futbolista sea gladiador a la vez, se me antoja un hallazgo. Si desarrollamos imaginativamente las posibilidades, obtendremos un resultado deslumbrador. Volteretas, patadas y puñetazos irían reduciendo los equipos, achicando el número de jugadores. Uno quedaría, al fin; llamaría al árbitro para que le mantuviese abiertos los párpados —que le habrían hinchado los goles— y, dueño absoluto de la pelota, haría un gol, otro gol, otro gol, tiroteando la red con la saña que se emplea contra un enemigo; un minuto y diez minutos y veinte minutos, mientras el público, agitando los brazos, gritaría “¡basta, basta!”, como cuando un artista del circo da enloquecedoras vueltas en un trapecio.

Yo no sé si esto es ortodoxo, pero lo único que me parece más importante en estos partidos de enero es matar el frío.



IX
CATEGORÍA Y RESPONSABILIDAD

> "Quizá ignore el Sr. Fernández Flórez que sus artículos deportivos tienen en Londres lectores que los comentan semana tras semana, e incluso alguno que los colecciona,"
>
> (Crónica desde Londres de la Agencia Calpe, en *Madrid* del día 12).

Leí estas líneas, las volví a leer, inicié un meditabundo paseo por mi despacho, puse nuevamente el periódico ante los ojos… Una sensación extraña se había apoderado de mí; mezcla de sorpresa, de vanidad, de temores… Porque, si aquello sucedía…, si mis opiniones…, en fin, si mis crónicas acerca del fútbol alcanzaban a sobrevalorar las fronteras de España, si en Inglaterra eran comentadas y recogidas (en Inglaterra, madre del fútbol y universidad de los deportes), si en otros países…; pues algo quería decir esto. Y lo que quería decir no podía ser otra cosa sino que… (me puse pálido y sentí latir mi corazón), sino que yo era un internacional.

La brusca revelación inesperada me impresionó indescriptiblemente. Hoy más que nunca debo mostrarme modesto al referirme a mis conocimientos en estas cuestiones, pero estoy muy lejos de cualquier intención presuntuosa si afirmo que ya había oído hablar de los "internacionales" y siempre con profundo respeto. Sé que existen jugadores internacionales, jueces internacionales, seleccionadores internacionales y amigos internacionales, que son esos que acompañan —con gastos pagados— a los equipos cuando salen al extranjero. Se trata de la más alta y codiciable categoría. Y yo…, ¡mentira parece…!, yo soy también un internacional. Permitidme que exhale una queja: nunca he tenido mucha suerte en la vida. No. La suerte me debía una compensación. Y miren ustedes cómo se le ha ocurrido pagarme.

Cuando pasó la primera oleada jubilosa, graves preocupaciones alzáronse en mi espíritu. ¿Puedo decir que me creo preparado para tan trascendentales deberes? En conciencia, no. Hasta ahora, cuando se me dice que un futbolista está fuera de juego entiendo que se encuentra en su casa o en la calle. Y parece que no es así, que ahí hay un intríngulis. Y también creo que debo revisar mi teoría —insinuada tímidamente en otros artículos— de que en el fútbol más que en cualquier afán, el fin —que es el gol — justifica los medios, no ya las cargas y los golpes, sino hasta el soborno de uno de los fotógrafos que se sientan cerca de las porterías y que podrían echar una mano disimuladamente, deslizando un balón en la red con aire de inocencia y siseando después al portero: "¡Chst, chst…! Mire lo que hay ahí dentro". "Caray —exclamaría sorprendido el otro—, ¡si es un gol!".

Tengo que aplicarme. Ya no será posible que asista a los partidos sin llevar la cabeza inclinada por el peso de la responsabilidad. Si alguien me conoce, me verá pasar con respeto. Gozaré la caricia de los honores. Quizá alguna vez, en cualquiera

ocasión enaltecedora, me brindarán un gol. ¿Por qué no decirlo? Me gustaría que me brindasen un gol. Debe de ser una distinción infrecuente, ya que no he visto que se otorgase en estos meses en que voy de estadio en estadio, e ignoro por completo en qué consiste su ceremonial. En los tiempos en que dedicaba mis vigilias a la investigación taurológica, me brindaron un toro, aunque carezco de pruebas de que así haya ocurrido, porque tuve que devolver a la fuerza la montera que me habían arrojado. Pero aquél fué otro cantar. Si en el fútbol el brindis consiste en lanzar la pelota contra el personaje en un "chut" enérgico, habrá que pensarlo.

La única gentileza futbolística que conozco es lo que creo que se llama "patada de honor", y fui testigo de ella en un partido de aficionados. Consistió en que una señorita muy elegante y muy bella, hija del alcalde, fué invitada a poner en movimiento el balón al iniciarse el juego. La llevaron al medio del campo y le pusieron en los brazos un inmenso ramo de flores; después la colocaron ante la pelota, y el árbitro pitó. Como las ciento cincuenta pesetas de vegetales que tenía en las manos le impedían ver, la señorita falló las primeras tres o cuatro patadas. A cada tentativa, los jugadores echaban el cuerpo hacia adelante, apercibidos para correr, y el público se reía mucho. Enardecida, la joven acertó, al fin, con un buen golpe. Pero, como era inevitable, lo dió con ese dedo gordito y sensible que todas las muchachas dejan asomar por la punta del zapato, y su dolor fué tan grande que, según confesó después, hubiera preferido tener un hijo. Los futbolistas se lanzaron sobre la pelota como galgos tras una liebre, y ya no vieron más. Tropezaban en la pobre chica y la envolvían y la empujaban, y ella quería salir por aquí y luego por allá, cojeando y gimiendo, que daba pena. Soltó bastantes flores y el zapato de la colisión, pero fuese cual fuese la ruta de su huida, siempre la estorbaban los jugadores. El alcalde, con los brazos en alto, ordenaba la suspensión del partido sin que nadie le obedeciese, y hasta que terminó el primer tiempo no pudo recuperar a su hija, que ya no valía nada.

Lo que yo puedo decir del partido del domingo entre el "Valencia" y el "Madrid" es que me mostré más circunspecto que nunca, porque cuando nuestros juicios han de ser comentados en el extranjero deben ir encorsetados en prudencia. El tercer gol de los del Turia vino a plantear una cuestión ardua. Batió la pelota en el larguero horizontal y bajó. ¿Fué gol? ¿Fué vicegol? El público gritó hasta enloquecer. Nunca me cansaré de decir que hay que estudiar las leyes de los vicegoles. ¿Fué un vicegol? ¿Fué un gol? Cuando un espectador vecino me requirió para que hiciese el favor de indignarme, rememoré tras un esfuerzo lo que suelen decir mis colegas los internacionales, y solté estas dos pomposas bocanadas:

Primera.— Debe ganar el mejor.

Segunda.— Con un poco de suerte, podemos confiar en el triunfo.

Es lo que se usa, y no creo haber quedado mal. Pero salí pensando que resulta triste destino éste que hace que mientras un ingeniero agrónomo al que se enseña una

patata puede jurar que es una patata, y un especialista en enfermedades de la vejez distingue a un viejo de un joven tras varios análisis y sin yerro, un internacional como yo y los setenta mil espectadores de ayer vacilamos en diagnosticar un gol.

Y es que hay en la vida cuestiones tan delicadas y sutiles…



X
LA OPULENTA ALCACHOFA

Supongo que ésta es la ocasión menos indicada para divagaciones; tendré que escribir una crónica muy ceñida a la realidad, porque cuando los acontecimientos son trascendentales repelen la retórica. Por eso el soldado de Marathón no pronunció un discurso; se limitó a dar una noticia.

Diez días antes del encuentro de los equipos del Madrid y el Atlético, centenares de miles de personas revelaron su obsesión incontenible. Parecía no interesarles nada que no fuese el partido y su resultado. El 17 me llamó por teléfono la Secretaría del A C B.

—Gestionamos su billete de entrada —me dijeron.

—Perfectamente.

—No se preocupe.

—No me preocupo —respondí, comenzando a preocuparme porque no sabía de qué podía preocuparme.

El 18 tuve otra comunicación.

—Fracasaron nuestros gestores.

—¡Caramba!

—Sí; pero enviamos otro que es irresistible: autoridad en la materia, muchas amistades, simpatía copiosa, decisión de servir. Triunfará.

—Bueno, bueno —murmuré, después de pensar qué otra frase debía decir, porque estaba desorientado.

El parte del día 20 fué:

—Nuestro gestor no consiguió ver a nadie. Continúa luchando.

El del 21:

—La "cola" se muestra iracunda. Interviene la Policía para contener a los impacientes. Nuestro amigo consiguió ganar la escalera y está hablando por un ventanillo ante una puerta cerrada.

—Oiga —advertí, alarmado—; no quiero provocar desgracias… Ya iré otro año…

El día 22, el primer diario de España, el más influyente y poderoso, el que hizo ministros y deshizo situaciones políticas, el que puede formar un hombre, guiar una

opinión y ser oído en el mundo, logró que le vendiesen una localidad y me la mandó a mi casa.

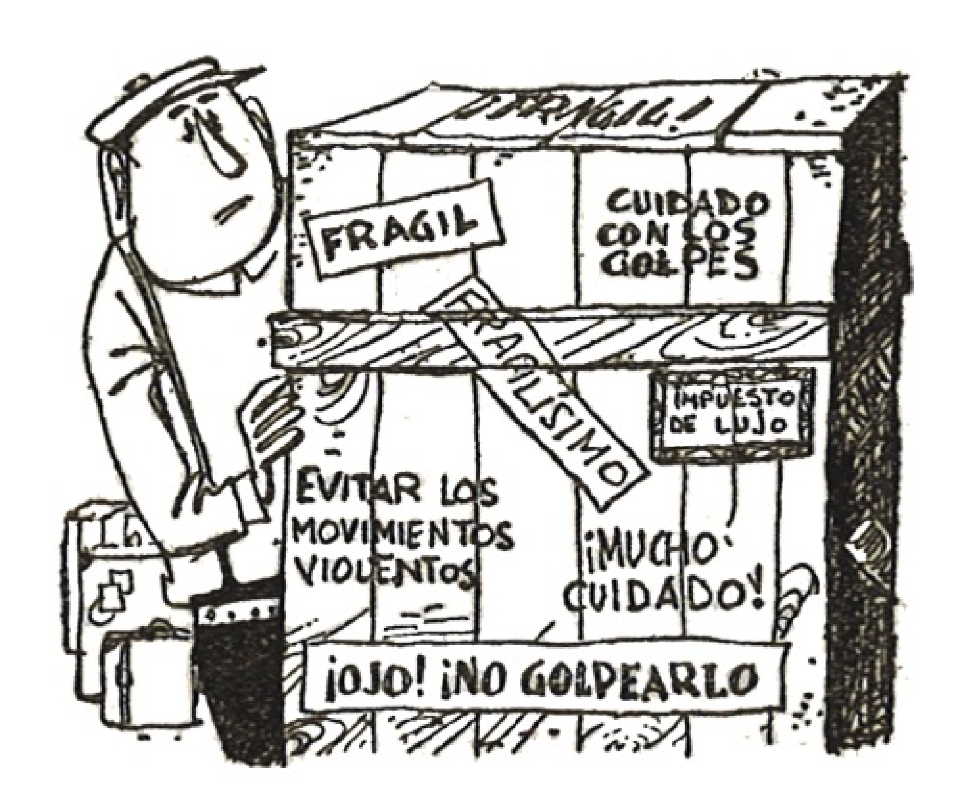
Mientras, millares y millares de ciudadanos ponían en juego sus relaciones, su dinero, su ingenio y su terquedad para llegar a un resultado parecido. El domingo vi pasar por las calles grupos de mozalbetes que llevaban en las solapas grandes insignias de los clubs y que berreaban canciones alusivas. Sé de un señor que, después de haber agotado los procedimientos normales y algunos que no lo eran tanto, contrató a un descuidero para que le robase la cartera a cierto amigo que guardaba en ella una entrada de tribuna. Pagó el servicio a muy alto precio, porque el carterista es de los mejores. Pero cuando el malandrín tuvo en sus manos el tarjetero y descubrió la papeleta de acceso al estadio, rompió descaradamente su compromiso y la utilizó él.

El ambiente de Madrid era el de un acontecimiento extraordinario, fundamental y magnífico.

Lo que después ocurrió en el campo apenas fué tedioso. En la tierra —quizá barrosa, quizá helada— resbalaban y caían los muchachos con más frecuencia que nunca. Como el árbitro era muy bueno, pitaba cada tres segundos y se interrumpían las jugadas. Los futbolistas daban vueltas al campo como los peces dentro de una pecera, y los del Madrid soltaron dos goles redonditos y lindos, así como los peces pueden soltar dos burbujas. El público estaba deseoso de gritar, pero el hastío llegó hasta su médula y observó esa corrección impecable que sólo se logra cuando se aburre uno mucho. Los amigos del Madrid, apelmazados en un sector del estadio, agitaban sus pañuelos a cada gol. Bonito efecto. En el balcón de una de las casas que dominan el campo, una viejecita aireaba un breve y blanco lienzo. Conmovedora solidaridad.

El hueco del estadio era como el de una enorme boca que bostezase.

Así fué el partido. Comienza usted a quitar hojas de esa alcachofa, y no queda nada.


FRAGIL
CUIDADO CON LOS GOLPES
FRAGILISIMO
IMPUESTO DE LUJO
EVITAR LOS MOVIMIENTOS VIOLENTOS
¡MUCHO CUIDADO!
¡OJO! ¡NO GOLPEARLO

XI
UN POQUITO DE HISTERIA

La torrecilla del marcador es como un termómetro que acusa el estado de la muchedumbre. Dos a dos. Destemplanza. Inquietud general. El segundo tiempo avanza, y los innumerables “madridistas” temen que persista el empate o que los bilbaínos lo quebranten en su provecho. Si esto último ocurriese, la destemplanza se convertiría en fiebre, y en la fiebre son posibles muchas cosas; hasta la agresión.

Un empate peligroso, a cierta altura del juego, ofrece síntomas característicos; puede ponerse en él la rayita roja del termómetro y escribir: “histeria”. Las reacciones del público son tan iguales que cualquier asiduo no demasiado obtuso lograría, sin mirar el marcador, deducir exactamente la proporción de goles tras una breve observación del gentío. Las primeras manifestaciones histéricas resultan amenísimas para quien sepa analizarlas fríamente: parte de ellas consiste en una curiosa preocupación persecutoria. Ustedes pueden contemplar en una grada ocho o diez caballeros sentados uno al lado del otro; pero caballeros de los buenos, que acaso han venido en un coche excelente y que traen en el estomaguito una tortilla de dos huevos y —¿por qué no?— una chuleta de ternera de Avila. Parecen felices, mas si el segundo tiempo corre sobre un dos a dos, ustedes les verán empujarse, rugir a coro “¡auuuh!” en ciertas ocasiones y, atacados de una urgente bulimia, roer sus uñas y los excedentes epidérmicos de sus dedos con la prisa de un conejo que temiese ser sorprendido en una esparraguera. Cuando un jugador contrario tropieza con alguno de sus preferidos, se ponen en pie, brazos al aire, y gritan:

—¡No…, no…!

—¡Vamos, hombre…! ¡El colmo…!

Centellean sus miradas, enrojecen; todas sus energías vitales están referidas al balón y a los hombres que lo acosan. La chuleta y la tortilla no pueden dar crédito a lo que ocurre, porque los alimentos saben por tradición que, en cuanto son injeridos, el organismo se consagra amablemente a ellos, y allí no se les hace el menor caso: el corazón brinca como si quisiera subirse al hombro izquierdo para ver mejor, el estómago se comprime, el hígado lanza a la sangre sustancias inconvenientes… La tortilla gime: “¿Dónde están esos jugos, para quilificarme?”. La chuleta, más adusta, golpea las paredes: “¿No hay nadie en esta casa?”. No, no hay nadie; todo el servicio se ha lanzado al balcón de los ojos como las domésticas que sienten pasar por la calle un batallón.

(Algunas gradas más abajo veo a Vicente, un amigo mío de Valencia que se ha incrustado en esta muchedumbre porque no tenía mejor cosa que hacer, pero tanto le

importa que gane el Madrid como que el Bilbao triunfe, y se aburre mucho. A su lado brinca, más que se sienta, una muchacha acompañada por un señor también visiblemente exaltado. Vicente los desdeña y mira al campo como un pescador sin ilusiones puede mirar el agua del río).

Otros síntomas de la histeria son: un enérgico escepticismo acerca de cualquiera pulsación de inteligencia en el árbitro, y una falta de piedad hacia los jugadores lesionados y adversos muy superior a la de un público circense contra un gladiador con el que no simpatizase: "¡Maula!", escupen si ven al enemigo revolcándose en la hierba, y aunque comprobasen su descuartizamiento, diagnosticarían: "¡Teatro…, comedia…!".

(El pobre Vicente acaba de encender el segundo puro. Sus vecinos le dirigen a veces la palabra, como queriendo sumarlo a sus opiniones, pero él apenas responde con casi insinuados gestos que no le comprometen).

Hay otro instante en que la nervosidad induce a ciertos espectadores a imitar a las ranas. Como en las orillas de los estanques se alza el croar de sus habituales moradoras, así suele resonar a coro, en las márgenes de los campos de fútbol, un grito que utiliza la sílaba "ra" repetida con batracial cadencia. También podría encontrársele semejanza con el canto del grillo, de la cigarra y —muchísimo más tenue— el de la carcoma; pero la diferencia sustancial consiste en que estos animalitos lanzan su "ra-ra" cuando están tranquilos, y los llamados "hinchas" cuando no lo están.

De pronto, la tensión acumulada tiene un alivio. Un gol del Madrid rompe el empate cuando faltan muy pocos minutos para el final. La inquietud de la masa se atomiza en millares de gritos, en tremolar de pañuelos, en saltos, en bracear frenético. Los jugadores se abrazan en el campo. La señorita vecina de Vicente, puesta en pie, quiere también abrazar al señor que la acompaña; pero el señor que la acompaña está oprimiendo contra su pecho al vecino de la derecha, transportado de júbilo. Entonces la señorita abraza a Vicente, aunque con cierta fugacidad. Veo a Vicente mirar alrededor con un gesto muy parecido ni de quien encuentra una cartera en la calle. En seguida abre resueltamente los brazos y estrecha a la muchacha. Le oigo gritar:

—¡Ole, ole! ¡Gol, gol!

Y apenas se han sentado de nuevo los espectadores, otro tanto para el Madrid.

Vicente parece enajenado. Como si hubiese descubierto una insospechable ganga, brillan de alegría sus ojos y se muestra mucho más entusiasmado aún que la gallarda madridista. Conmueve observar el fervor futbolístico con que se han vuelto a abrazar otra vez.

Pausa. Cuatro a dos en el marcador. Falta apenas un minuto. Pero mi amigo no debe de notarlo porque le oigo pedir ansiosamente: "¡Más goles! ¡Vengan goles…!".

Nunca supuse que su afición fuese tanta.



XII
EL PORTERO CICLÓPEO DE TARRAGONA

El Atlético de Madrid posee dos jugadores extranjeros: un francés y un africano. Por no sé qué razones, ambos estuvieron ausentes del campo, y las cosas marcharon mal. El domingo reapareció el francés, pero a la gente no le satisfizo el partido. En definitiva, ésta es una cuestión de paciencia porque el africano, que se llama Ben Barek, volverá pronto, y si no basta, puede muy bien ser añadido otro extranjero.

En cualquiera rama del saber, los autodidactos corremos grave peligro de equivocarnos, pero yo creo adivinar que la composición de un buen equipo obedece a precauciones tan sencillas como las que rigen la composición de un cóctel. Se busca la ginebra en Inglaterra, el vermut en Italia, el “whisky” en Escocia, el coñac en Francia, se dosifican, se mezclan sabiamente y debe resultar una bebida agradable. Así, cuando faltan en el país buenos futbolistas se va a comprar allá un portero, acullá un delantero… y todo lo que es necesario. En periódicos de fechas recientes leo que el R. C. Madrid intenta adquirir un jugador danés por 160.000 coronas, que el Sevilla ofrece treinta millones de francos por tres marroquíes, que el Valladolid pretende almacenar a un tal Aston, sueco; que el Barcelona le echó un lazo de siete millones al moro Mahjoul, y otras transacciones análogas.

Personalmente —salvando la mejor opinión del excelentísimo señor ministro de Industria y Comercio— nada tengo que oponer a estas importaciones. La autarquía es un sueño. Aquí hacen falta goles. ¿Para qué? Contestar a esta pregunta nos llevaría muy lejos, como se dice siempre que no se sabe contestar a una pregunta. El caso es que todos los domingos y días de fiesta centenares de miles de compatriotas van a buscar su ración de goles con mayor ansia de la que ponen en recoger su ración de pan. Hacen falta goles, lo mismo que hace falta trigo, y caucho, y gasolina y algodón. Si en Holanda hay una vaca Aaltje que segrega abundantes litros de leche cada día, y la traemos, y la alimentamos y ordeñamos aquí, la leche es nuestra. Si en Marruecos hay unos mocitos que exudan equis goles cada día festivo y los compramos, los goles son nuestros. Por tanto, no puedo aprobar el escrúpulo de quienes temen que los equipos nacionales estén constituidos por extranjeros y que al publicar los diarios la fotografía del “team” español triunfante nos ofrezcan los retratos de once chinos. De la misma manera que un granjero extremeño o catalán recoge con legítimo orgullo los huevos que ponen sus gallinas de buena raza exótica, nada se opone a que, al anochecer de cada domingo, recorramos los estadios donde se afanaron los malayos, los etíopes, los francos y los indios comanches, previamente adquiridos, busquemos entre las redes, escarbemos en las porterías y vayamos echando en un cesto la puesta

de goles para mostrarla al mundo con arrogancia y repartirla después entre los ávidos “hinchas”.

Claro que se puede argüir: “El fútbol es un deporte; el deporte sirve para fortalecer y sus efectos son intransferibles. ¿Qué salimos ganando con tener en España varias docenas de escandinavos y de beduinos ágiles y fuertes?”. Bueno, si; pero, en realidad, el fútbol es un espectáculo. Y la lógica del caso es la misma que la de una ciudad mal alimentada que alquilase dos forasteros gordos para presumir.

En cuanto al partido del pasado domingo, que pareció no entusiasmar al público, se me antojó maravilloso. En mi deseo de comprender algo de estos asuntos estudio las opiniones de los técnicos, y grabé en mi memoria esta afirmación expedida por competentes ciudadanos después dé la reciente Olimpiada de Londres: “Hemos logrado un triunfo, porque no íbamos a ganar y, en efecto, perdimos”. La frase me impresionó mucho y me enseñó a enjuiciar con parsimoniosa cautela, porque, ¿cómo sé yo lo que intenta un equipo frente a otro equipo en un campo de fútbol? ¿Se propone vencer o ser derrotado o simplemente practicar la cura del abate Kneip, corriendo sobre la húmeda hierba? Tal perplejidad cohibe, como ustedes habrán notado, mis pareceres. Pero anteayer eran diáfanos los propósitos del Tarragona. Ni le importaba la victoria ni le atraía la puerta del adversario. Daban los jugadores fuertes patadas en cualquier dirección, y lo mismo entregaban la pelota a sus rivales que a los camilleros de la Cruz Roja. Eran, en suma, diez muchachos que venían acompañando a otro muchacho del que se sentían legítimamente envanecidos y al que deseaban lucir: Dauder, su guardameta.

¡Extraordinario joven! Viéndole parar una vez y treinta veces los ataques, llegaba a pensarse que antes pasaría un camello por el ojo de una aguja que un balón a su red. Diríase que entre la pelota y él existía una especie de imantación que les obligaba a encontrarse antes de que el gol ocurriese. Lo mismo que un objeto lanzado contra un espejo y la imagen de ese objeto se unen, corriendo ambos, en la superficie del cristal, así se fundían la pelota y el portero. Era la muralla ciclópea de la vieja ciudad catalana de donde venían. ¿Cómo harán estos hombres para lograr tan rara habilidad? Sólo hay un ejercicio que pueda preparar hasta ese punto su atención y su ligereza: la caza de moscas a mano mientras vuelan en una habitación.

El único gol logrado contra él por el Atlético fué en ese trance que se llama “un fuera de juego”, tan evidente, según afirman, que ni se movió para evitarlo. Entonces sucedió algo muy interesante. El árbitro, señor Rodríguez, no vió la mala jugada y dió por bueno el gol. El público, en cambio, se enteró perfectamente, y un largo murmullo se alzó de todas las localidades. Si el perjudicado hubiese sido el Atlético, a estas horas habría un Rodríguez menos en el mundo, pero como la torpeza del árbitro favorecía a los jugadores de casa, la amparó un silencio concomitante y

vergonzoso. Fué así como recoger la cartera que le cayó a un transeúnte y guardársela, pensando: “¡Qué distraídos son algunos!”.

Bueno, pues a esto se llama “espíritu deportivo”.



XIII
LA LUCHA POR EL GOL

Tardé en percatarme de que estaba preso en un torbellino del que no podría salir. Primero fué el simple anuncio de que ocurriría un encuentro con el “Granada”. Me pareció natural. En todas partes hay choques futbolísticos cada domingo. Luego pulsé latidos apresurados en la ansiedad de la gente. “¿Usted, irá?”. “Sí, yo iré”. Estoy en Málaga; se me ofrece una ocasión de hacer un bolo en provincias y nutrir mi escasa experiencia estudiando las peculiaridades de una lucha entre equipos de la segunda división. ¿Cómo son los equipos de la segunda división? Ahora sé que no se diferencian de los de primera, y hasta me pareció que algunos jugadores tenían las piernas más gordas. A mí —será que no entiendo— se me antoja ilógica esta confusión. Las barras de pan de primera no son como las de segunda, ni los coches del tren, ni los jefes de negociado. Yo creo que en la segunda categoría los balones debían ser más chicos; las puertas, más grandes; los futbolistas, más débiles, y las entradas más baratas. Pero, en fin…

El caso es que los comentarios acerca del encuentro fueron haciéndose tan categóricos como alarmantes. Descubrí sin esfuerzo una pugna apasionada. Fundida en un impulso, toda Málaga quería ganar, toda Málaga hablaba del partido, toda Málaga se estremecía ante la sospecha de una derrota. Un excelente sistema de información permitía conocer cuanto se escribía acerca del trance en la Prensa granadina y hasta las frases cáusticas que en la ciudad de la Alhambra se pronunciaban descontando el éxito, y las veces que se llamaba allí “boquerones” a los malagueños, en tono despectivo. El alcalde de Granada había venido para pronunciar dos conferencias. Pero ¿puede creerse que en vísperas de tan importante choque un hombre de tal representación venga a hablar del barroco? ¿No se trasluce claramente una función de espionaje? ¿Barroco? ¡Sí, sí; barroco…!

Algunas frases irreverentes me permitieron descubrir que, por su relación con Granada, los Reyes Católicos comenzaban a ser puestos en entredicho en Málaga; supe también que, en ocasiones semejantes, excursionistas malagueños habían recibido más pedradas que buenos tratos en pueblos granadinos. En un escaparate de la calle de Larios apareció un cuadro en el que estaba pintado un plato de boquerones y una granada. Con este letrero: “Los eternos rivales”. El gobernador civil tenía apercibidos todos sus guardias…

Pensé:

—Es la guerra.

Tres meses antes de intervenir el Japón en la última contienda, tenía yo preparado un viaje a aquellas islas, que hube de suspender por un azar, y me estremecí muchas veces imaginando cuál pudiera haber sido mi suerte en la nación que sirvió de experimento para la bomba atómica. Otra fútil casualidad hizo, por el contrario, que en julio del 36 retrasase mi salida de Madrid veinticuatro horas, que me costaron después un año de angustias. Nadie se extrañará, sabido esto, que recele de sorpresas belicosas en cuanto hay un viaje por medio. Ahora estaba cogido y bien cogido. Los malagueños me han colmado de atenciones, comparten conmigo desde hace unos días los "chanquetes" y el sol, el último bacilo de la gripe que traje murió anteayer; en mi solapa está la insignia de la Orden del Boquerón de Plata, de la que trataré en otra crónica. ¿Qué puedo hacer? No siento la menor animadversión contra el Granada, pero si la lucha estalla, si la degollina es inevitable… yo combatiré bajo la bandera del F. C. Málaga, que ni siquiera sé que color tiene. Como Simbad el Marino en sus desdichas, como Gulliver en sus tribulaciones, como tantos y tantos incorregibles viajeros ilustres, me arrepiento a mi vez de haber abandonado mi casa

—Lo peor —me instruye un amigo— es que hay aquí una fuerte quinta columna granadina.

—¿Es posible? —me alarmo.

—Sí; granadinos que viven en Málaga desde hace muchos años; gente importante y gente modesta. Estimularán a los suyos.

—¡Vaya, hombre!

En verdad, no había razones para ser demasiado optimistas. El equipo del "Granada" está a la cabeza de los de su categoría y parece que no se le puede batir fácilmente. La excitación iba en aumento por horas; se hablaba del partido y nada más que del partido; los trescientos mil habitantes de Málaga (son 275.000, pero yo sé que les agradará que les achaque más; es lo corriente) vivían con su ansia puesta en el acontecimiento futuro; aquellos que creen que yo entiendo de fútbol y lo disimulo me preguntaban: "¿Quién supone usted que vencerá?", pero en sus ojos leía una petición de ayuda. Los síntomas marciales se multiplicaban. A un vecino se le ocurrió simbólicamente rifar una estaca. A las cinco de la madrugada del domingo llegó de Granada un tren colmado de agentes provocadores. En otros trenes y en numerosos automóviles se infiltraron muchos más. Antes, cuando los forasteros llegaban para presenciar una corrida de toros, eran amigos alegres y gratos. Ahora, si se trata de fútbol, son considerados como agentes provocadores. Yo bien sabía lo que iba a pasar. Derrotado el Málaga, saldríamos a vengar la ofensa, trepando por las ásperas sierras que nos separan de Granada. Acaso, por haberme injerido temerariamente en estos asuntos, me nombrarían teniente en una compañía de goleadores alpinos y me vería comprometido en la arriesgada empresa de una nueva

toma de Granada, quizá gloriosa, pero excesivamente traumática para mis aspiraciones personales.

Y llegó el domingo. El campo, colmado; los nervios, tensos; los montes del bello paisaje circundante, estirando sus cumbres para ver mejor; silbidos, aplausos, lucha homérica. Como los dioses invisibles se mezclaron, según “La Ilíada”, entre los combatientes, junto a las murallas de Troya para favorecer a sus elegidos, así descendieron aquí sobre el estadio de La Rosaleda, en ayuda de uno y otro bando. Apolo manejaba sus rayos para deslumbrar a los jugadores forasteros, porque ya se sabe que el sol es muy malagueñista, y Minerva —ligada a los granadinos por razones universitarias— se dolía de que su escudo, y su casco, y su lanza y su embarazosa túnica le impidiesen ser eficaz. Lo que hoy importa y mueve a los humanos no es Helena, es un gol.

Cinco se apuntó el “Málaga” en el marcador del estadio, que parece uno de esos anuncios de neumáticos o de leche condensada que hay al borde de las carreteras. Y sus contrarios, ninguno.

Ya no habría que tomar Granada. Pero en una y otra parte la hostilidad queda viva.

Así es el fútbol, que estrecha lazos entre los pueblos.

Málaga.



XIV
APROVECHAMIENTO DEL PUNTAPIE

La aparición de los equipos en el campo trae al recuerdo la salida de los niños de una escuela. Surgen como contentos, con sus blusitas de colores y sus pantaloncitos cortos, y se diseminan con breves carreras, y uno de ellos lleva una pelota y se dedican a impulsarla con patadas sin objeto. Mientras, el público aplaude a los de casa y silba maleducadamente a los forasteros. Es el instante en que, si la gente llevase su seriedad al fútbol, pensaría, levantándose para marcharse: “Son cosas de chicos”.

Pero fijaos bien en ese balón que se ha elevado y cae después para encontrarse con su propia sombra, que corre sobre las hierbas del campo. No le neguéis ligeramente vuestro respeto. Ese balón representa una riqueza.

El hombre, obligado a defender su vida en medio de una Naturaleza que se diría hostil, se ahincó en el empeño de extraer de ella medios de mejorar las duras condiciones de su breve estancia en el mundo. Sorprendió en la tierra el oro brillante y maleable, al fuerte hierro; hizo del fuego su esclavo, encerró al hielo en un frigorífico, copió el vuelo de las aves; unió, para navegar sobre ellos, los maderos del bosque; combinó sustancias químicas para obtener maravillosos efectos, aumentó la alzada de los caballos y la suculencia de las naranjas y las carnes del cerdo y la fecundidad de las gallinas. Y también supo aprovechar las posibilidades latentes en sí propio, e hizo de sus manos los más perfectos, los más prodigiosos instrumentos conocidos. A las manos, tanto como a la cabeza, debemos las realidades de nuestro progreso. Las manos del hombre son las fuentes de su bienestar. Hasta el pensamiento perdería su mayor eficacia si las manos no le prestasen la fijeza y la longevidad de la escritura.

Pero hubo algo de lo que no conseguimos obtener un satisfactorio provecho: las piernas. Las piernas no nos han producido más que gastos: gastos de pantalones, gastos de medias o de calcetines, gastos de zapatos o de botas… Puede objetarse que sirven para andar. Sí, pero poco. El hombre nunca estuvo satisfecho de la calidad de esta ayuda y se dedicó desde los primeros tiempos a buscarle sustitutivos. Si las dejásemos entregadas a sí mismas, las piernas entorpecerían hasta hacerlos imposibles muchos matices de nuestra civilización. ¿Qué es, casi exclusivamente, lo que podemos pedirles? Prisa. Pues bien, la prisa que nos dan es breve e insuficiente. No sirven para viajar, no sirven ni para llevarnos hasta el lejano local de la oficina en una carrera el día en que salimos tarde de casa…; raro es el animal que no corre más que nosotros, y hasta ese par de costosas columnas no consigue soportar mucho tiempo nuestro peso y nos obliga a inventar la silla. En socorro de su evidente

incapacidad, cabalgamos en otros seres, ideamos los coches, construimos los automóviles y en todo caso van las piernas tan ricamente, sin hacer nada o muy poca cosa, si se exceptúa en la bicicleta, que las fuerza a trabajar y, aun entonces, se las arregla de suerte que pone en todo el cuerpo una acentuación de ridículo.

Imparcialmente, reconozcamos que tienen la exclusiva del puntapié. El puntapié no existiría sin ellas. Y no cabe negar que, a veces, es útil y casi necesario dar un puntapié. Pero las ocasiones son muy limitadas y admiten otros métodos de contundencia.

No es de extrañar que los hombres padeciesen la preocupación de sus piernas improductivas y que les afligiese el temor de no hacer nada bueno de ellas. En verdad, hasta nuestros días, su colaboración en la prosperidad humana fué —triste es decirlo— nula.

Pero surge el fútbol, y todo cambia. Nunca alcanzarán el notable prestigio de los brazos; mas ya ingresan en la muchedumbre de los factores económicos. Se ha producido en la historia un hecho, si no tan importante como la aplicación de la electricidad o del vapor, a lo menos, considerable. Se ha descubierto el aprovechamiento del puntapié.

El dinero se agita, múltiples actividades humanas entran en ebullición. Se construyen estadios, se atribuyen sueldos a los productores de puntapiés y a los que pudiéramos llamar sus capataces, se editan y venden periódicos que registran y comentan esos puntapiés, y masas de gente entregan su dinero y hasta se desplazan de ciudad en ciudad para gozar del espectáculo de los puntapiés. Y ocurre la asombrosa y agradable tontería de que por acertar el resultado en goles de tales puntapiés, aquí o allá, en cualquier punto de España, un ciudadano puede recibir una fortunita, sin más que llenar un boleto.

Las piernas se han incorporado a la industria. La industria del gol.

Cada población sostiene su propia fábrica de puntapiés y envía a sus técnicos a buscar goles, porque para que el gol parezca “dulce y sabroso” —como el poeta dijo de la fruta— tiene que ser, lo mismo que la fruta, “del cercado ajeno”. Y el domingo llegaron unos mozos de Oviedo con ese fin. Los del Real Madrid, que los vieron, pensaron que bien podían extraerles goles, en vez de procurárselos, y todos se dedicaron durante noventa minutos a elaborar puntapiés, ardorosamente.

¡Trabajosa pugna! Ese hombre que salta al campo con una botella de agua milagrosa para devolver fuerzas a los jugadores lesionados, hizo anteayer muchas salidas. Los fotógrafos que se sientan junto a la red fueron frecuentemente batidos por la pelota, como en un juego de bolos. Un espectador arrojó una botella al campo. Ambiente febril. Los técnicos del Oviedo resultaron magníficos. Se llevaron dos goles gordos como pavos de Nochebuena.

A sus grandes riquezas naturales, la bella Asturias añadió jubilosamente este buen dividendo de la fábrica ovetense de puntapiés. Porque estoy seguro de que se alegró en la región más gente que la que celebraría el descubrimiento de una nueva mina de carbón, aunque fuese —como dijo aquel ministro— de coque.



XV
UN NUEVO MATIZ

Así como hoy nos maravillan el arte y el cálculo arquitectónico con que han sido emplazadas, hasta para efectos de perspectiva, las columnas del Partenón, un día llegará en que se conceda extenso y admirativo comento a las columnas del Estadio Metropolitano. No busquéis ninguna belleza aparente en ellas; son seis, prismáticas, de cemento y, auxiliadas en su retaguardia por otras seis de hierro, sirven para soportar la techumbre de las tribunas. Pero poseen, una por una, la propiedad de ocultar al espectador las jugadas más interesantes, de interponerse entre sus ojos y algo decisivo que ocurre en el campo. Mi desconocimiento de todas las ciencias que intervienen en la edificación me mueve a creer que se trata de algo de magia, y o es así o yo estoy alucinado cuando me parece que la columna que me corresponde se desplaza insensiblemente para tapar al jugador que chuta o a la portería amenazada. Diríase que a fuerza de presenciar estas pugnas se apasionan por ellas y, sin darse cuenta, se estiran y se inclinan, como esos espectadores molestos que dificultan con su movilidad nerviosa nuestra visión. Debe entenderse que no censuro, sino más bien me pasmo, porque, en mi afán de explicarme cuanto logro observar en este ambiente nuevo para mí, he llegado a suponer que con tan prodigioso recurso se ha querido socorrer a los aficionados hipersensibles, atenuando la violentísima impresión de las grandes jugadas que tantos corazones han hecho estallar. Se siguen con afán los pases, se jadea, se crispan las manos, se estiran las piernas, no parece posible que el organismo —concebido por la Naturaleza sin prever las emociones del fútbol— soporte el instante cumbre en que el balón sale disparado hacia la red; pero, entonces, la columna interpone su pantalla embadurnada de anuncios. En vez del gol ansiado o temido se ve este consejo: “Comprad hojas de afeitar”. Es un sedante. Nos trae a la realidad de la vida. La angustia de que puedan ganar los forasteros se disimula y casi desaparece ante el vivo recuerdo de estotra calamidad: “Ciertamente, yo produzco barba todos los días”.

Mi columna, la que me tocó en suerte el domingo, dedicóse a ocultarme la portería de la izquierda. Yo pude decir: “No se moleste; me es igual”: pero me callé y me atuve a lo que me dejaba. Esto me permitió penetrar en nuevas y misteriosas peculiaridades del juego que enloquece a la muchedumbre.

Observé que, en el primer tiempo, la gente, ya por el frío, ya por obedecer a uno de esos matices de la osteología de las masas, que han desvelado a tantos filósofos, se mantenía algo así como inerte, apacible, en una tranquilidad desusada en estos encuentros. Entonces, el Valencia consiguió un gol. Y en el segundo tiempo, otro gol. Los del Atlético madrileño no parecían tener ninguna probabilidad de extraer a sus

adversarios otra cosa que no fuesen modestos vicegoles. Pero he aquí que, poco a poco, el público se decide a gritar. En “crescendo”. No eran gritos de ira ni las imprecaciones habituales, ni los insultos corrientes, ni los dicterios que la desesperación hace salir del conmovido pecho. Eran voces de ánimo, frases de estímulo, expresiones casi inarticuladas, cuyo estribillo era un: “¡Hala, hala!”, que iba a clavarse en los jugadores madrileños como la aguja de una inyección de cualquier producto reconfortante. Y van los jugadores madrileños, lector amigo, y se lanzan a dar patadas de las mejores que tenían, y puntapié por aquí y cabezazo por allá y otras muchas hazañas que no me dejó ver la columna que velaba fastidiosamente por mi salud; y se apuntan un gol. Y la multitud —hombres, mujeres, viejos y niños— continuó su función animadora: “¡Vamos! ¡Vamos! ¡Hala! ¡Hala!”, como esos indígenas que tocan aceleradamente los tambores en las danzas guerreras de los negros. Y los del Atlético venga correr y afanarse y venga combinar jugadas magníficas, según un señor que se sentaba no lejos de mí. Y al fin, hijos de mi alma, cinco minutos antes de agotarse el plazo, merecieron con un nuevo gol librarse de la afrenta de la derrota.

Estoy seguro de que mi atención resbalaría sobre este fenómeno si no fuese por una circunstancia fortuita. (Ya se sabe cuánto deben a la casualidad los grandes descubrimientos). Pocos días antes había leído distraídamente en un periódico las declaraciones de un preparador —o algo así— del equipo portugués, vencido en Italia. Aquel hombre dijo: “Les faltaba a mis jugadores su público de Lisboa”. Recuerdo que no concedí importancia a esta frase y pasé a buscar en el diario el boletín meteorológico. Pero el domingo la recordé y un velo se descorrió ante mis pupilas.

Sí, el público es un elemento del partido. ¡Cuántas sorpresas contiene este espectáculo de los puntapiés! No está todo en los jugadores, ni en el acierto con que se les adquiere en los mejores mercados del extranjero, ni en los preparadores, ni en una cavilosa junta directiva apta para hacer declaraciones a los periódicos… Hay que contar con un elemento de importancia asombrosa: el público juega también. Si los jugadores tienen una buena tarde y el público una buena tarde, la cosecha de goles será ubérrima. Si el público está ausente o apático, el éxito es difícil.

De estas leyes se deducen consecuencias trascendentales. Debe ser cuidado el público con amorosa escrupulosidad; debe contar también con preparadores; es necesario que se le enseñe a gritar bien y a emplear las frases que resulten de mayor eficacia después de un estudio realizado por los especialistas. Vociferar: “¡Hala!, hala” y “Dale, dale”, no está mal. Pero quizá, a la larga y como ocurre siempre, se gaste su sentido.

Otra secuela. Si el público tiene tan decisiva intervención, si él mismo es tanto en el juego y si las reglas del deporte imponen la equidad, ¿no es ilógico que uno de los

equipos cuente con tal ayuda y el otro no?

Medítese esta proposición que formulo ante los legisladores: Cuando los equipos abandonen su sede, ¿no debían llevarse también su público, como se llevan sus zapatones, sus masajistas y sus piernas? Bueno, bueno…; esto no es ninguna tontería, sino una grave cuestión, para ser estudiada con calma.



XVI
DAVID FRENTE A GOLIAT

Leí el anuncio del partido, e inmediatamente pedí una localidad. Se anunciaba el choque de una fuerte selección del “Madrid” contra un equipo formado por jugadores entresacados de los que el periódico llamaba “clubs modestos”. En mi experiencia figuran los clubs de primera categoría, los clubs de segunda categoría y los chiquillos que compiten frenéticamente en la vía pública. Los clubs “modestos”, ¿cómo proceden? ¿Cuáles son? Mi deber es registrar hasta el rinconcillo más misterioso del fútbol. En la noticia encontré las denominaciones de los clubs donde habían sido espigados los competidores del “Madrid”. Se llaman “Parque Móvil”, “Ferroviaria”, “Metro”, “Cuatro Caminos” y también “Electrodo”… “¡Electrodo!”. ¡Magnífico e incongruente apelativo! Todo esto trascendía, en efecto, a modestia, a verdadera afición no profesionalizada, a muchas horas de trabajo seguidas de algún tiempo de distracción deportiva. Era simpático, ¡qué diantre!

Por primera vez llevé un prejuicio al estadio. Me apasionaba ese mismo sentimiento que pone nuestros votos al lado de los pueblos débiles, cuando los fuertes los invaden; al lado del niño, cuando el profesor le interroga…; idéntica adhesión a la que, al través de los siglos, manifiesta la Humanidad entera hacia David, más conocido y estimado por su lucha contra Goliat que por las claras muestras posteriores de su sabiduría.

Así, cuando los “modestos” llevaron al marcador sus primeros goles, experimenté una sana alegría. Me pareció… algo así como si aquellos goles fuesen destinados a la Beneficencia o repartidos entre las Casas de Socorro de la ciudad para alivio de los pobres que de ellos hubiesen menester; porque los otros goles, los de los grandes partidos, los guardan codiciosamente en sus arcas los clubs poderosos. También vislumbré una oportunidad magnífica: la de comprobar que hay mucho reclamo y mucha bambolla —“mucho cuento”, dirían los del “C. Chamberí”— en la excelencia de los que se especializan en dar patadas a un balón, y que los meramente aficionados, sin grandes sueldos, sin grandes preparadores, sin campos suntuosos, podían obligar igualmente a una pelota a entrar en una red. Quizá esto fuese el comienzo de otras posibilidades y abriría una puerta por la que entrasen en el fútbol aires de renovación. Si los modestos venciesen a los excepcionales, se animarían después los modestísimos, y hasta los mirones. Pudiera ocurrir un día, en cualquier enardecedor encuentro, que un espectador —acaso un maduro padre de familia, acaso con barba— descendiese con prisa de su localidad, se remangase los pantalones sobre las rodillas, irrumpiese en el campo, buscase con encendida decisión la pelota, la llevase entre sus pies, esquivando a los jugadores adversos, y, ¡zas!, un gol, y luego,

otro gol, y otro gol… Y el público gritando: “¡Olé!”, como cuando un “capitalista” se arroja al ruedo y da pases a un toro. ¿Por qué no hay espontáneos en el fútbol?

Los muchachitos de la selección de clubs modestos parecían más pequeños y más delgados dentro de sus morados jerseys, entre los “madridistas”, vestidos ostentosamente de blanco, con la despreocupación de quien no tiene que pagar a la lavandera con dinero sacado del propio bolsillo. Y lucharon con ardor los buenos muchachos y reunieron cuatro goles, que eran un verdadero tesoro para ellos. Y yo me sentía feliz, y creo que casi todos los espectadores. ¡Bella y conmovedora compensación del Destino a la vida laboriosa y sin brillantez de aquellos jóvenes! Se pensaba que junto a su cuna habían desfilado brujas roñosas imponiéndoles un futuro de trabajos y que el hada buena había llegado después y, tocándoles con su varita, les ofreciera un don:

—Haréis cuatro goles al “Madrid”, en el estadio de Chamartín, en una buena tarde de sol, ante millares de espectadores.

Pero en los últimos minutos, todo cambió. Los hombres de la primera división, aquéllos cuyos apellidos aparecen casi todos los días en los periódicos y cuyas patadas tienen resonancia internacional, superaron a sus humildes contrincantes y les sacaron de ventaja dos goles, con el frío dominio con que un odontólogo puede sacar dos muelas.

Confieso que me desesperé.

De pronto descubrí que la crónica, colmada de júbilo y de alabanzas a los modestos, que ya se habla formulado en mí, no estaba perdida. Una de las observaciones hechas en el mundillo del fútbol me enseñó que, cuando un crítico de deportes siente decidido apego a un club, sabe convertir en triunfos sus derrotas, con exégesis de bien o mal buscada habilidad. Carezco aún de la astucia precisa y de los conocimientos que pudiera llamar técnicos. Pero no me importa, porque no quiero renunciar a semejante privilegio en esta ocasión. Voy a regalar el buen éxito al equipo de los humildes.

Ciertamente, él venció.

La demostración es fácil, y emplearé para hacerla las expresiones usuales en esta clase de empeños. Diré que si el centro delantero blanco logró uno de los golpes fué por utilizar la pierna izquierda, lo que de ninguna manera podía esperar el jugador del “Electrodo”, y afirmo que el resultado sería muy diferente si emplease la pierna derecha. Asimismo, el número 7 del “Madrid”, en connivencia algo reprochable con los compañeros que llevaban en la espalda los números 4 y 10, sorprendió en más de una ocasión al “Ferroviaria” y, sobre todo, al “Metro”, y lo que ocasionó que el “Getafe” no pudiese impedir la patada con que el señor Ipiña consiguió otro gol, patada que hubiese merecido unánimes censuras si la llega a dar en cualquier otro

sitio que no fuese el estadio. También abusarían un poco los madridistas de eso de ir corriendo de un lado a otro, cuando sus contrarios se hablan agotado ya; y me pregunto si esto es corresponder debidamente a la conducta de los clubs modestos, que pudieron marcharse del campo cuando contaban cuatro goles contra dos, alegando que ya tenían bastante para sus también modestas necesidades. A lo menos, eso sería lo que hubiese hecho yo.

Y otra objeción concluyente: a última hora, la pelota estaba mollar. ¡Eso!



XVII
¡AL BUEN GOL DE ESPAÑA!

Y de pronto, un aluvión de tremendas noticias. Parecía que el mundo se había concitado contra nosotros. Un equipo portugués había pasado el ancho Miño y se encontraba ya en La Coruña; resueltos futbolistas franceses, llamados de Saint-Etienne, después de batallar en Valencia, avanzaban hacia Madrid, y en Italia estaban preparados los aviones que debían dejar caer sobre el estadio de Chamartín fuertes jugadores italianos. Aunque no leo crónicas de fútbol ni converso con nadie acerca de ese tema, comprendí sin esfuerzo que la situación era grave. Por el Norte, por el Este, por el Oeste…, todas nuestras fronteras desbordando atacantes. ¡Oh, siglo de calamidades! La preocupación cinceló arrugas en mi frente. ¿Qué más quiere de nosotros la codicia humana? Hace tiempo que se nos han acabado las colonias, nuestro oro fué robado, lejanos países se robustecen con las vitaminas de nuestras naranjas, millones de botellas de jerez disipan las brumas del alma inglesa. ¿Qué nos queda aún? ¿Qué más quieren de nosotros?…

¿Qué más han de querer? ¡Ay, infelices! ¡Nuestros goles! Eso es lo que trae el blasonar de riqueza, el dedicar planas de información a nuestro fútbol, el publicar el número de goles que cada domingo producen en generosas cosechas los ubérrimos campos de deportes de la Península. Por ahí fuera se dijo: “¿Dónde hay de eso? ¿En España? Pues vamos a buscarlo”. Hoy, todas las naciones necesitan goles.

Padecí unos días de angustia, porque no podía determinar en qué clase de excesos culminaría la invasión. Sin duda se llevarían todos los goles del territorio, quizá registrasen nuestras casas, pisando fuerte con sus recias botas, para inquirir con ceño:

—¿Hay aquí algún gol?… Entregue los que tenga.

Como yo estaban todos los españoles. Se sentía hervir la inquietud. Era fácil adivinar que, si se tratase de un simple juego, ni la gente se excitaría tanto ni se pagarían cantidades fastuosas por entrar al estadio. A mi juicio, cuando un hombre da mil pesetas por una localidad es porque piensa:

—Si vencemos, la prosperidad de la Patria me resarcirá, y si nos derrotan, el dinero no me servirá para nada.

De modo que la cosa estaba fea, y uno se dolía de que estos tiempos nos trajesen demasiados peligros. Los buenos hados quisieron que llegasen nuevas favorables. Fuerzas enviadas a La Coruña obligaron a los lusitanos a repasar el Miño después de un cinco a dos, mientras que otra expedición estratégicamente enviada a Lisboa contuvo con un empate a los jugadores que podían salir de allí en auxilio de sus

compañeros. En cuanto a los de Saint-Etienne, en Madrid fenecieron. Respiramos. No iba del todo mal el asunto.

Pero faltaba Italia. Aplastado el francés, reprimido el luso, podría creerse que la situación se aclaraba y que no sufriríamos la desdicha de ser un pobre país sin goles, rebajados ante la estimación universal. Mas la "squadra azurra" venía ahora, con todo su ímpetu de campeonato. ¿Qué nos reservaría el destino? Desde el fondo de mi alma de buen patriota, clamaba: "¡No le peguéis más palos a la Mariana, naciones del mundo; dejadnos, a lo menos, los goles!".

A quienes no conozcan las peculiaridades de estos asuntos les diré que existe un señor encargado de seleccionar las fuerzas que, en casos parecidos, han de oponerse a las extrañas. Este buen caballero viene a ser una especie de jefe de Estado Mayor, y elige a uno, porque corre; a otro, porque chuta; a éste, por no sé qué, y aquél, por su eficacia comprobada. Nadie discute sus decisiones. Es decir, que si ese seleccionador nacional llama a la puerta de su casa de usted y le manda: "Señor Rodríguez, el domingo, a las cuatro, preséntese en el estadio de Chamartín a competir con la 'squadra azurra'. La Patria lo exige", pues usted no tiene más salida que la de cuadrarse, exclamar: "¡A la orden!", y vendarse las piernas, por lo que pueda pasar. Digo yo que las cosas ocurrirán así. Entonces él forma un equipo y, esquivando el intenso espionaje que comienza a bullir a su alrededor, guarda el importantísimo secreto de si Pérez va a jugar como delantero centro o de si López figurará en la retaguardia. ¡Oh, esto es muy serio!

Bien; pues comenzó el partido. Nunca vi tanta gente reunida, ni tantos fotógrafos juntos. El inglés que estaba allí como árbitro —y quizá para llevarse a sus islas algunos de los goles que hubiese, porque ya se sabe que los ingleses no andan por ahí a tontas y a locas— pitó y, corre por aquí, corre por allá, se inició la lucha. A medida que el tiempo avanzaba, crecía en los espectadores la seguridad de que, con la excepción de un muchacho al que llaman, según oí, Gonzalvo III, los jugadores del grupo español estaban derrengados. Mi extrañeza de neófito se sumó a la extrañeza general, y más cuando me enteraron de que el partido que desarrollaba sus fases ante nosotros no era obligado por campeonatos internacionales, sino voluntaria y amistosamente organizado, lo que hace pensar que —si no se dispone de un equipo de fuerzas parecidas a las del adversario— es ir a buscar voluntaria y desagradablemente una derrota, y como se excita tanto —con fines económicos— la pasión de la gente, viene a parecer algo así como si la reputación de un país se pusiese en juego. Y resulta que se trae de lejos a señores que no le hacen un gol al Madrid o al Getafe, sino a usted y a mi y a ese hombre que pasa por la calle.

Esto comenzó a ponerme de mal humor. Pero bruscamente comprendí el verdadero significado del trance. Se trataba, sin duda, de dar al mundo pruebas de la vieja y magnífica cortesía española. Ya, en una ocasión lejana, estudié el caso de un

portero galante, que no se oponía a que la pelota entrase en su red. Aquí eran once jóvenes correctísimamente educados, que lanzaban el balón no entre ellos, sino a los invitados extranjeros, y les señalaban la meta, instándoles: “Pasen ustedes. ¿Desean otro gol? Están en su casa”.

Las muchedumbres no entienden estas delicadezas y se deprimen cuando, sin ser necesario, se les fuerza a comprobar su inferioridad. Decíase anteayer en el campo que, de los once jugadores españoles, tres estaban lesionados antes de comenzar el partido; dos, enfermos, y cuatro, de mal humor. Pero ¿quién forzó al seleccionador a elegirlos? Bien pudo llamar a otras puertas. A la de usted, a la mía… Precisamente, el domingo yo no tenía nada que hacer… Echaría una mano.

XVIII
AMENIDAD

Extrañas cosas, ¡voto a tal!, suceden en un estadio, y ya voy renunciando a conocerlas. Sospecho que en él, como en otros aspectos de la vida, hay las dos caras de Jano, y la sinceridad de sus leyes se parece mucho a la del señor formal que dedica la noche a galanteos, o a la del que presume de ser abstemio y se embriaga en la soledad de su domicilio. Porque cuando el domingo, por ignorar el cambio de hora del partido entre el Atlético y el Celta, me acomodé en mi asiento media hora antes de lo oportuno, sorprendí a dos equipos jugando al fútbol… con las manos. Me quedé… como pueden ustedes imaginarse. No sabía qué hacer ni para dónde mirar ni cómo disimular mi presencia; lo mismo que le ocurre a quien las circunstancias colocan en involuntario trance de ser testigo de una incorrección. Allí estaban, en verdad, ante mis ojos, veintidós futbolistas, con sus trajes y su árbitro y su pelota, entregados al fútbol, pero sin utilizar las piernas más que para correr. No sólo tocaban el balón con las manos, sino que lo cogían descaradamente para arrojárselo entre sí y para meterlo en la red. Supuse que se trataría de un desahogo de los nervios, porque lo cierto es que si le imponen a uno durante varios años esa acción, tan antinatural, de hacer con los pies lo que mejor se hace con las extremidades superiores, ha de llegar un momento en que no se pueda más, y o se abre una válvula o se cae en la neurosis. Es el resultado de lo que Freud denomina “represiones”. Aunque a mi alrededor llamaban a aquello “balón a mano”, yo adivine que era un procedimiento curativo. Decidí hacer la vista gorda. Siguiendo el plan, unos señores repartieron copas entre los jugadores heréticos, que, con evidentes síntomas de alivio, abandonaron el campo para dejar que otros jóvenes practicaran el fútbol ortodoxo.

Ben Barek andaba por allí, mezclado entre el público, y así nos enteramos de que no intervenía en el partido; pero ya se sabe que su misión no consiste precisamente en jugar. Ben Barek es un moro adquirido por el Atlético en Marruecos, y unas veces está lesionado y otras, castigado. El Atlético lo tiene para asustar a los adversarios. Cuando lo retan, dice: “¡A ver si sacamos al moro!”. Cuando pierde, explica: “Es que no hemos sacado al moro”. Su tez sombría, su pelo rizoso, el fuerte sol y unos chiquillos encargados de recoger los balones que salen del campo y que llevan blusas de ese color amarillo que ondea en los barcos cuando se acercan a un puerto con peste a bordo, ponían anteayer en el Metropolitano un acento tropical.

Pero pasamos un buen rato, con el sano regocijo que, a quienes no entendemos de toros, nos proporcionan las becerradas pintorescas. Todo fué un poco desquiciado y caricatural. El portero del Atlético salió vestido de don Juan Tenorio, con gregüescos oscuros y un jersey del mismo vivo color rojo que prefiere para sus jubones el

Burlador. La pelota saltaba e iba de un lado a otro con la apariencia de un gato asustado, y los jugadores se dispersaban y corrían, chocaban y se empujaban con esa desorientada ansia de la gente que ha oído la voz de ¡fuego! en un local. En cualquier momento podía verse dos y hasta tres jugadores tendidos en la hierba, ya tan inmóviles como si hubiesen pasado a mejor vida, ya rebozándose en el jugoso suelo, ya agarrándose las canillas con el desesperado amor de quien teme no volver a usarlas nunca. Sin embargo, el juego no era violento; pero es natural que los futbolistas lleguen pachuchos al final de las numerosas pruebas de la Liga. Aunque, por ser de un profano, tienen poco valor, quisiera verter mis alabanzas sobre el guardameta del Celta. Creo que inauguró un procedimiento defensivo que debe ser convenientemente estudiado, porque si su técnica aún no está perfeccionada, es nuevo y es vistoso y obliga al espectador a prorrumpir en alaridos de emoción insuperable. El portero del Celta, encogido ante la red, consiguió recibir en su regazo la pelota, que, no obstante, se escapó de él, como un animal vivo, e hizo gol. A partir de este instante, el portero abandonó su táctica. Ya no aguardó los "chuts", sino que emprendió excursiones temerarias en busca del balón, decidido a abrazarse a él lejos de la meta. Se le veía casi en medio del campo, afanoso, con una expresión mixta de madre que ha perdido un hilo y de bravo que busca o su ofensor. En la portería abandonada, los largueros convertían en vicegoles cualquier ataque. Y las "salidas" se multiplicaban. Si algún vecino de la calle Cea Bermúdez fijó sus ojos extrañados en un hombre de pantalón corto y jersey castaño que a eso de las seis y veinte debió de pasar por allí a la velocidad de un meteoro, sepa que se trataba del portero del Celta.

Tres goles para el Atlético. Después de cada uno de ellos, los jugadores se abrazaban, felicitándose, en grupos de tres, de cuatro, de seis… Querían darnos a entender: "¡Qué felices somos! ¡Hay que ver qué redondo y bien elaborado nos ha salido este gol!". Algo parecido al comerciante que ensalza hiperbólicamente lo que le conviene vender.

Pero el público palpaba aquellos goles, como hacen las cocineras con las pechugas de los pollos, y torcía el gesto.


JORNADA DE LIGA
CORUÑA 2 A. BILBAO 3
A. MADRID 3 R. SOCIEDAD 4
HERCULES 1 VALENCIA 0
R. MADRID 2 BARCELONA 2
ESPAÑOL 4 OVIEDO 3

XIX
APLICACIONES DE LA CABEZA

El excelente portero del Tarragona tuvo el domingo una tarde de trabajo. Fué lo mejor del partido, como cuando vino hace algún tiempo a oponerse a que los del Atlético aumentasen a su costa la colección de goles. El resultado era presumible, y como yo no voy al campo para ver quién triunfa, sino para enriquecer mis conocimientos, dediqué mi atención a esos detalles de menuda apariencia, en los que puede estar el secreto de la sabiduría.

Y vi a los jugadores lanzar la pelota de aquí para allá, utilizando en muchos casos la cabeza.

Entonces recordé que tengo que decir algo acerca de esto, porque no son de anteayer mis observaciones, sino que me impresionó esa particularidad casi desde el primer día, y creo haberla estudiado bien.

La aplicación que a la cabeza da el fútbol no es nueva; estaba ya en la Naturaleza. Es sabido que los animales astados la emplean para acometer, y las aves, para herir sus presas y para atrapar el alimento. Cuando el balón se dirige a la portería de un futbolista es un enemigo de éste, y, en los casos de profesionalismo, es también su comida. Existen, pues, precedentes y cierta justificación, pero no deja de resultar desconcertante ver cómo un jugador se dispara a si mismo para encontrar en el aire la pelota y lanzarla hacia donde le conviene con el fuerte impulso de su cráneo. Su pericia es tal, que llega a darle eso que en las bolas de billar se llama “efecto”. Los que solemos usar la cabeza para otros menesteres quedamos maravillados y hasta con la misma desaprobadora sensación de disgusto que se experimenta cuando alguien hace crujir fuertemente sus articulaciones, se descoyunta un brazo, se provoca un estrabismo o ensaya cualquier otra habilidad análoga.

La extraordinaria difusión del fútbol y la frecuencia con que se juega, ¿puede alcanzar a producir modificaciones en la estructura de los hombres del futuro? El vello casi desaparece de nuestra piel desde que la protegemos con ropas, las muelas del juicio quedan muchas veces atrofiadas desde que nuestras cocinas ablandan los manjares y disponemos de utensilios que hacen innecesarios grandes esfuerzos de masticación; es innegable que existen deformaciones profesionales… Si ahora los hombres dan en emplear sus cabezas como mazos, sospecho que llegará una época en que la cabeza se adaptará a su nuevo uso. Para jugar bien al fútbol harían falta cabezas de diversas formas, como ocurre con los bastones para jugar al golf. Convendrá, sin duda, que unas sean planas y otras periformes, y que el cuello de

quien haya de especializarse en lanzar la pelota a lo alto sea corto y fuerte, y el de quien la arroja horizontalmente, largo y flexible, como un brazo.

Pero aún hay nuevas cuestiones. ¿Qué efectos produce el choque entre el balón —impulsado con tremenda energía— y la cabeza violentamente disparada también? Dentro del balón no hay nada; debajo de la bóveda craneana debe haber algo. ¿Qué le sucede a ese algo? Que yo sepa, nadie se preocupó de averiguar tan importante asunto, porque casi todos los que se relacionan con él se mueven dentro de una rutina lamentable. Por fortuna, logré despertar el interés de un hombre de ciencia que siente provechosa curiosidad por toda clase de investigaciones, y su sagaz colaboración me permitió abrir en este misterio una rendija por la que entró un poco de luz. Considero futbolísticamente importante el relato de nuestros experimentos.

Omitiré las difíciles gestiones realizadas para disponer de un sujeto que se prestase a recibir pelotazos en la cabeza. Yo me negué tozudamente y el profesor no quiso ni oír hablar de ello, aunque moví ante sus ojos los espejuelos de la celebridad que le aguardaba. Al fin convencimos a un prójimo, al que llamaré N. N., como suelo hacerse en esta clase de informes, y dimos comienzo a las pruebas. El tal individuo era joven aún, de complexión aparentemente sana y de conocimientos normales; ni muy listo, ni muy tonto: un hombre vulgar. Tuvimos que atarle de pies y manos, porque después de recibir los primeros pelotazos quiso marcharse. Esto ocurrió en la tercera sesión; en las dos primeras, el científico y yo alternamos en el empeño de "chutar" sin que acertásemos a darle en la cabeza. Hubimos de contratar a un futbolista excedente, pero en buen estado, que dió unos puntapiés impresionantes y mandó la pelota a donde le indicamos, sirviendo así el rigor científico indispensable para estos estudios.

Trabajamos los parietales de N. N. y pasamos al frontal. La fuerza que lleva un balón así proyectado es asombrosa y ha producido alguna vez accidentes mortales. En nuestro ensayo, con una sola patada tuvimos bastante. N. N. recibió el pelotazo y se le quedó la cabeza oscilante, como esos cuchillos que los malos tiran contra los buenos en las películas y que siempre se clavan en un árbol o en una puerta. El hombre no dijo ni pío. Le asistimos, le desacordonamos la nariz y aguardamos, fumando cigarrillos, a que recuperase sus facultades. Cuando esto ocurrió, le hicimos diversas preguntas preparadas de antemano. Entonces pudimos comprobar una tremenda confusión en sus ideas, como si se hubiesen enmarañado, porque le invitábamos a sumar cinco y cinco y nos respondía que giraba alrededor del Sol —refiriéndose, sin duda, a la Tierra—, y al proponerle que escribiese su nombre, inició el tarareo de una cancioncilla. En aquel cerebro había el desorden que suele espantarnos en el interior de un automóvil que se estrelló contra una tapia. Otro pelotazo le hizo añicos las palabras, y sólo pronunciaba sílabas sin conexión. Aun ahora no está curado por completo: dice "sugerencia" por sugestión: "entrenador" por

preparador, “influenciar” por influir y “programatización”, que es lo grave. El pobre teme no servir ya más que para locutor de “radio”.

Mi colaborador, el hombre de ciencia, prepara un folleto, en el que intentará demostrar que muchos de los males que aquejan al mundo se deben a la contemporánea y viciosa práctica de emplear la cabeza no para pensar, sino como mazo, o de querer pensar con mazos, o algo así. Allá él.

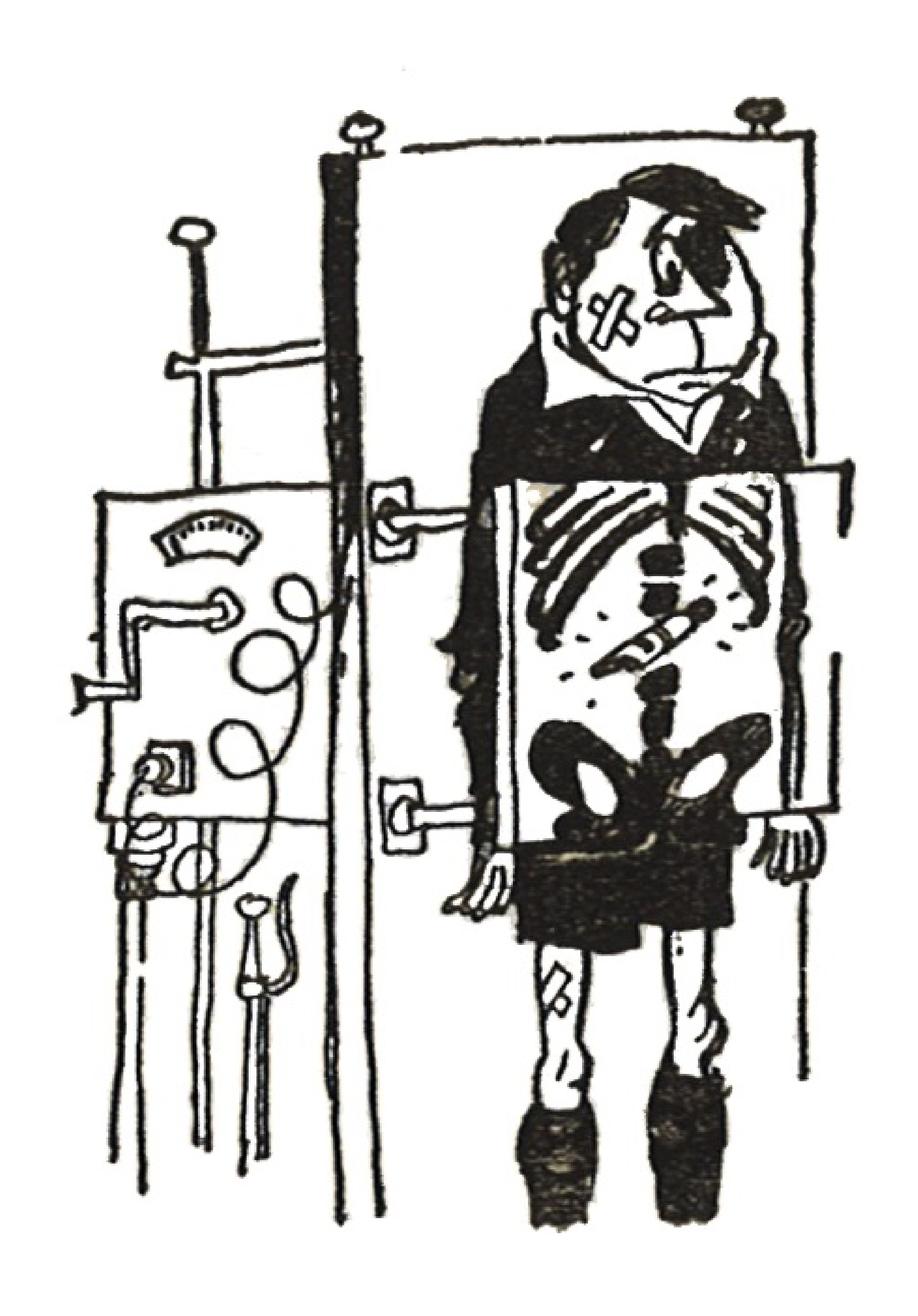
Continuando esta síntesis de mis observaciones, declararé que, a la larga, el encuentro del cuero de la pelota con el cuero cabelludo es causa de que éste deje de ser cabelludo o siga siéndolo menos abundantemente.

Entonces el jugador alcanza el momento en que puede convertirse en árbitro.

La mayor parte de los árbitros son un poco calvos y fueron futbolistas. Cuando es así, manejan moderadamente el silbato.

Otros tienen más pelo. Como el de anteayer. Pero pitan más.

Uno se fija en todo.



XX
LOS EXTRAÑOS RECURSOS

Parece que los muchachos del Valladolid jugaron bien el domingo, pero el Atlético de Madrid les ganó dos goles a cero. No me impresionó nada.

En el aprendizaje que estoy realizando no recuerdo que un equipo que jugase en su propio campo hubiese perdido. El fútbol tiene leyes tan extrañas como aburridas. ¿Por qué la habitualidad de un terreno confiere ventajas? No alcanzo a comprenderlo. Las condiciones y la extensión de las superficies dedicadas a esos fines son, poco más o menos, iguales; los balones, idénticos; y las porterías; y cada futbolista usa las mismas piernas. ¿Qué sucede para que el éxito sea distinto o, a lo menos, existan grandes probabilidades de que sea distinto si se juega en un campo ajeno? La verdad es que para un espectador imparcial resulta tedioso saber de antemano que la victoria está reservada para los del Madrid si Chamartín es el teatro del encuentro, y para el Atlético, si es el Metropolitano. Ya que los terrenos prestan misteriosa ayuda a sus propietarios, lo deportivo sería jugar siempre en estadios neutrales. O crear un “handicap” en el fútbol y conceder, por ejemplo, la ventaja de un par de goles al forastero.

Sin embargo, no sólo nadie prescinde de tan raro beneficio, sino que se preocupa por aumentarlo con el auxilio de recursos que exceden a lo previsible. Parece que ni las “cargas” violentas contra los adversarios, ni la adquisición de jugadores en donde los haya diestros, ni siquiera el linchamiento de árbitros aseguran permanentemente el triunfo. Y el triunfo es una necesidad casi vital para los partidarios de un club. Sin cesar, y a toda presión, en España y fuera de España, gran número de cerebros trabajan en la busca de solución para este problema obsesivo: ¿cómo podría conseguirse la invencibilidad?

Seis días hace, un telegrama de Léicester, publicado en *ABC*, contaba que el equipo Hinckley sería hipnotizado por un tal Richard Payne —dotado de especiales dotes para esos experimentos—, con el fin de hacerle ganar en una prueba de grande importancia. Payne debía verter su fluido sobre el “once”, repitiendo al mismo tiempo: “Mañana ganaréis; mañana ganaréis”. Y se esperaba que los del Hinckley ganasen. Un nuevo elemento enhebra su hilo de colaboración en el fútbol, y yo creo en su eficacia. En uno de mis anteriores comentarios señalé el influjo que los espectadores ejercen sobre los equipos en esos momentos en que repentinamente se electrizan y profieren animosas exclamaciones y acompañan las jugadas con movimientos del cuerpo. ¿Qué es eso, en definitiva, más que un fenómeno de magnetismo? La capacidad de hipnotizar estaba ya en el público, y el ensayo del señor Payne se refiere a la misma posibilidad, sintetizada.

Ignoro lo que ha ocurrido con el Hinckley, pero la idea es buena, y si se trabaja en perfeccionarla, librará al fútbol de la decadencia. Si no en seguida, preparémonos a ver en lo futuro un hipnotizador en cada cuadro de un club, como ahora hay un preparador y un masajista y un guardameta. La intromisión de los hipnotizadores se presta a variadísimas novedades. El hipnotizador no sólo podrá influir sobre el equipo que le paga, sino sobre el contrario, aminorando sus facultades, y provocaría aplausos frenéticos al conseguir que el portero enemigo avanzase, con la mirada fija y los brazos extendidos, para coger el balón e introducirlo él mismo en su red. Supongo que cada hipnotizador debe estar sentado detrás de la portería de su equipo, en una de esas torrecillas en que se suelen acomodar los jueces de tenis, y desde allí manejaría su poder. En casos de apuro quizá presenciásemos la pugna entre ambos y el emocionante éxito de aquel que lograse hipnotizar al hipnotizador rival.

Aún existiría otro recurso para trances desesperados: si, a pesar de todo, el propio equipo resultaba vencido, cabría hipnotizar al público y hacerle creer que había sucedido lo contrario. Como se ve, el panorama de la diversión se ampliaría considerablemente.

Esto sería reprochable si la gente acudiese a un estadio a ver jugar; pero va a ver ganar al "once" que le es simpático. Tal actitud autoriza el refuerzo de todos los medios que puedan desembocar en el apetecido fin. Como en la guerra, también se va a ganar, y lo demás no importa.

En fin de cuentas, disparar la pelota por medio de un cañoncito apuntando a la portería de enfrente o contratar los servicios de un hipnotizador no es tan ofensivo para la esencia del deporte como la bondadosa inclinación de un árbitro hacia uno de los grupos de jugadores, según se dice que ocurrió el domingo en favor del Atlético.

Aunque —sabido lo de Léicester—, ¿quién nos asegura que el señor que anteayer pitaba no estuviese un poco hipnotizado también?

XXI
YO PUEDO GANAR PARTIDOS

Es muy probable, querido director, que aquí tenga fin mi labor periodística. Esto de escribir no es tan divertido como cree la gente, y hace mucho tiempo que he pensado torcer el timón de mis actividades y poner la proa a otros asuntos. No divulgue aún la noticia porque quiero conservarla en secreto mientras redondeo mis planes y para soslayar competencias. Si le aviso a usted es por la debida cortesía y también por el afecto creado en tantos años de colaboración. Siempre ha sido amable conmigo y nunca olvidaré… Pero, en fin, no quiero dejar que se ablande mi espíritu. Necesito toda mi entereza para la nueva lucha que voy a emprender.

Como le digo, no son recientes mis anhelos de cambiar de tarea, y lo que me retuvo en ella hasta ahora no fué el amor a una profesión tan consuntiva e ingrata, sino mi impotencia para hallar otra con que sustituirla. Hay que vivir, querido director, y yo no estoy bien dotado para bracear en esta marejada de precios que suben y de ingresos que bajan, y de atropelladas carreras de codicias y de ambiciones. ¿A qué dedicarme con ciertas probabilidades de éxito afortunado? Repasaba mis conocimientos y los encontraba mezquinos, leía las planas de anuncios de los diarios y ningún empleo me parecía prometedor. Hasta que, hace unas horas —¡qué cierto es que nadie sabe dónde le espera la suerte!—, se iluminó mi entendimiento. Fué al conocer las reseñas del encuentro de los equipos de España y Turquía en la ciudad de Roma.

No quiero ocultarle a usted que en mi escrutinio de las actividades provechosas había pensado alguna vez en el deporte. El deporte puede dar fama y producir mucho dinero. Pero esta idea desfiló por mi imaginación confundida con todas las demás ansias, sin relieve especial. Mis huesos están duros para esos trotes. Sólo una vez di una patada a un balón y me dolió el pie mucho tiempo. Si yo me decidiese a correr por un campo de fútbol, ese empleado que va con un cubo y una esponja socorriendo a los jugadores que se conmocionan tendría que dedicarse exclusivamente a mí. No vi porvenir para mis aspiraciones. Lo de Turquía cambió completamente el panorama.

Saben ustedes que la competencia se resolvió sacando un papelito de una taza. Hubo idas y venidas y se chutó en numerosas ocasiones, y se golpearon las espinillas unos a otros, y hasta se anotaron algunos goles. Pero nada de esto sirvió. Lo que decidió la pugna y concedió la victoria fué ese papelito que una mano neutral tomó al acaso. Existían dos trozos iguales de papel. En uno se había escrito “España”; en otro, “Turquía”. Salió Turquía. Y Turquía ganó.

Yo creía —torpe de mí— que este procedimiento se utilizaba tan sólo para decidir a quién le tocaba el regalo de propaganda de unos almacenes o cuál de los amigos reunidos en un bar debía pagar las consumiciones. Me parecía que el deporte era algo que sólo otorgaba galardón a quien lo ejercía con ventaja sobre sus competidores, a quien, al practicarlo, probaba claramente su superioridad. Que el deporte pueda no ser acción, sino Lotería, representó para mí una revelación tan insospechada que sentí un vértigo. Encontraría más natural que los muchachos de los equipos rivales continuasen una hora y otra hora, un día y otro día, hasta deshacer el empate, aunque hubiesen de quedarse a vivir en Roma, aunque en el empeño les sorprendiese la vejez y fuesen blancas sus barbas cuando el gol del triunfo definitivo subiese al marcador.

Me hizo meditar la aseveración de que no se trataba de un recurso ocasional provocado por la fatiga, sino que está aceptado y hasta recomendado como legítimo por los reglamentos internacionales.

“¡Alto, alto; ése es otro cantar! —me dije entonces—. Para eso sirvo yo”.

Es posible que se haya llegado a una venturosa simplificación del juego. El fútbol va teniendo ya muy poco de deporte: el profesionalismo, los extranjeros, esa pasión que otorga preferencia no a los mejores, sino a los de casa, el dinero de las quinielas, las subastas de jugadores… Si lo que importa es que gane A o gane B, no resulta muy absurdo que lo decida un sorteo.

Estoy perfeccionando mi plan. Voy a comprar un atavío de futbolista y a ofrecer mis servicios. Habrá que pagarme generosamente, primero porque es la costumbre, y después, porque todo el equipo estará reducido a mí, lo que representa un gran ahorro. Supongamos que vienen los ingleses a probar fortuna en Chamartín. Muy bien. Una semana antes salgo para El Escorial, me alojo en el mejor hotel, me nutro con platos sabrosos y me robustezco con moderados paseos y con siestas prolongadas. El día convenido regreso a Madrid. En el estadio, dada la importancia del partido, no cabrá una persona más. ¿Ganará Inglaterra? ¿Ganará España? Ingresos fabulosos. Yo, impertérrito. El representante inglés y yo saldremos a paso gimnástico, trocaremos banderines, saludaremos a la presidencia. Silbidos. Aplausos. Yo, impávido. El inglés, un poco nervioso. En el centro del campo, sobre un trípode, un recipiente con dos papeletas. El árbitro sopla en su pito. Avanzamos. Los micrófonos recogen y transmiten el latir de ochenta mil corazones. España y las Islas Británicas viven un minuto de angustia. Extraigo el papel —o lo extrae el otro—. ¿Estará escrito allí el nombre de España o el de Inglaterra? El árbitro lo lee ante un poderoso altavoz. Y nos retiramos entre aplausos y silbidos, siempre a paso gimnástico.

Luego, los periodistas. Yo sabría decirles que España debía haber ganado por varias papeletas, y me retiraría a reconfortarme con una ducha. Después, a firmar autógrafos por las calles.

En la Prensa, al siguiente día, varias planas de comentarios.

Pero todo más recogido, más sosegado, más barato, con ese prestigio que le daría al fútbol el saberse que era nada menos que la diosa Fortuna la que “fichaba” en todos los partidos.

Tendré mucho gusto, amigo director, en enviarle a usted algunas entradas para cada encuentro.



XXII
IMPRESIONES DE UN ESPECTADOR PRIMERIZO

En una reciente colaboración de Radio Nacional pedí que el resultado del partido de fútbol entre españoles y portugueses en el Estadio de Lisboa fuese un empate. Alegaba razones de tipo personal —porque estoy en la capital lusa, y tanto un fracaso como una victoria me proporcionarían molestias— y otras de índole más elevada. No dudo de que todas ellas debieran parecer muy atendibles por cuanto hubo dos goles para unos y dos goles para otros. Doy gracias. En verdad, no esperaba tanto.

Cumplido este deber, no quiero desentenderme de la ocasión de escribir algunas líneas acerca de este encuentro, que, aparte su posible importancia internacional, tiene para mí la de ser el primer partido que presencio.

Naturalmente, he oído hablar de fútbol muchas veces, aunque pocos minutos en cada ocasión, porque —ignoro las razones— esas charlas me atacan el encéfalo. Hasta he conocido algunos futbolistas. Lo que no hice nunca fué leer las crónicas y reseñas que se dedican a esos juegos. Y ya expresé distintas veces por qué.

Sospecho que la impresión de un espectador libre de convencionalismos puede interesar no a los aficionados habituales, sino a quienes, como hasta ahora yo, no van nunca a un estadio. Y por si es así, me decido a difundirla. Verán ustedes:

Primero, cuando ya se lleva mucho tiempo sentado en las gradas y el sol comienza a desprender de la gente un tufillo a carne asada, aparecen once muchachos con ropa de ciertos colores, y casi en seguida otros once con trajes igualmente escasos, pero de distinta tonalidad. Saludan. Se van al centro del campo y se reúnen entonces con ellos otros veinte o treinta caballeros vestidos normalmente, con pantalón y americana, como cualquier ciudadano vulgar. Entonces comienza la primera parte del partido, que consiste en que los veinte o treinta sujetos de pantalón largo, puestos en pie o rodilla en tierra, enfoquen a los de pantalón corto con máquinas fotográficas. El juego de los equipos en esta iniciación es poco vario. Ya se colocan en fila, ya se sientan unos en la hierba y los otros se quedan detrás, en pie… Y esto es todo. Pero como yo no entiendo, no me atrevo a enjuiciarlo. En el partido a que me refiero, esta parte del encuentro duró quince o veinte minutos, y supongo que será un episodio esencial del deporte, porque no me atrevo a pensar que, si no fuese así, se aventurasen a tener a setenta mil personas pendientes tanto tiempo de hacerse unos retratitos para las novias o para los periódicos.

Terminado este tiempo, se diseminan los veintidós muchachos y comienzan a dar patadas y cabezazos a una pelota. Bien pronto se comprende que unos tratan de

llevarla hacia la derecha de los espectadores y otros hacia la izquierda. Cuando le han atizado apenas tres o cuatro buenas patadas, un señor que está también en el campo, pero que no se revela hasta aquel momento, toca un pito: ¡piii…! Y todos cesan de correr. Esto sucede tan frecuentemente, que llega a ser lo más notable del partido, sobre todo cuando el público pita al que ha pitado. De suerte que para describir con exactitud el juego habría que hacerlo, poco más o menos, en esta forma:

—El joven X le arrima un tantarantán al balón, y ¡piii…!; lo coge el ágil Z, y ¡piii…!; y cuando el medio derecha… ¡piii…! Chuta con toda su alma, ¡piii…! De nuevo ¡piii…! Los espectadores sienten la suya en vilo. Pero entonces aparece, corre que te corre, el delantero J, y ¡piii!… La gente parece gozar lo indecible con todo esto.

Los problemas que el espectáculo del Estadio Nacional lusitano planteó a mi atención de profano fueron dos: Primero. ¿En qué grado de confusión quedan las ideas dentro de un cráneo que impulsa una pesada pelota a cincuenta metros de distancia?

Segundo. ¿Convienen los partidos internacionales?

Dejo que los fisiólogos atiendan a la una y decido responder a la otra. Me he dado cuenta dé que en un partido internacional la gente atribuye a la calidad del juego y a la cantidad de goles una trascendencia que rebasa con mucho la del simple deporte. El amor propio de cada país vibra en este trance. Encuentros, sí; pero con Tratados especiales. Once señores que se reúnan con otros once señores. Y todos con chaquet; nada de piernas al aire. Se estrechan las manos en el centro del campo y marchan todos reunidos hacia una portería. Allí, delicadamente, el equipo de la nación X deposita con sus propias manos la pelota en la red del contrario. Vuelven a saludarse y dan la vuelta hacia la otra portería… Así, hasta que cada cual tenga va el número de goles que figuren en el pacto. Y entonces se abrazan unos y otros y se van a beber un vino de honor.

XXIII
LOS GOLES DE CASA Y LOS DE FUERA

El señor Núñez y yo nos conocemos de no ir al fútbol. Quiere decir esto que cuando la multitud, en los días de interesantes partidos, se inquieta en la busca de taxis y se oprime en “Metros” y autobuses para permanecer dos o tres horas en un estadio, el señor Núñez y yo gozamos de apacible soledad en los butacones de un casino, y conversamos acerca de cualquiera de los temas que mariposean por la actualidad.

Mi amigo posee múltiples conocimientos, que se detienen en la frontera de lo deportivo, para lo que parece reservar una absoluta falta de curiosidad, sino un profundo desdén. De ahí mi extrañeza cuando al preguntarle la causa de su notoria preocupación, le oí declarar con la apagada voz de las confidencias:

—Sí, amigo mío: estoy enfrascado, ya hace días, en meditaciones acerca de la prohibición de contratar para clubs españoles jugadores extranjeros de fútbol.

Lo miré con sorpresa.

—Yo creí que el fútbol no le importaba.

Entonces desaprobó esta impresión con un movimiento de cabeza, que en él quiere decir que está preparado para escuchar las más inconcebibles pruebas de la incomprensión humana, y dogmatizó:

—Nada hay que no tenga importancia para mi. Usted ha deducido eso porque jamás comenté las jugadas ni los resultados de los encuentros, ni me oyó pronunciar nunca el nombre de un jugador, ya que a todos los desconozco. Y, en efecto, esos detalles, que son los más atrayentes para la gente frívola, no son jugosos, no ofrecen materia para una exégesis concienzuda, por su misma evidente sencillez. Pero en el fútbol, como en cualquiera manifestación de la vida, pueden existir problemas muy serios. Y a uno de ellos se refiere la reciente decisión de las autoridades deportivas. Usted conoce mi afición a los asuntos económicos.

—¡Oh, todo el mundo sabe que es usted un gran hacendista!

Sonrió con leve tristeza.

—Por lo menos existen motivos para que se sepa. Pero no se me ha hecho justicia. Nadie se acercó nunca a mi para pedirme que interviniese en esas materias desde un puesto bien remunerado. Y, sin embargo, me encontrarían decidido a no rehusar responsabilidades y a prestar la ayuda de mis iniciativas, que son inagotables. En cambio…, ya ve usted…, ahí están Fulano y Mengano y Perengano, que no sirven

para descalzarme… En fin: no me gusta murmurar. Un día llegará en que me busquen, y entonces me limitaré a preguntar: “¿Dónde está mi despacho?”. Sí; lo haré así, porque no soy rencoroso. Y en seguida pediré que me pongan a la firma…

—Señor Núñez —interrumpí, temeroso de que me explicase todo su plan económico, como otras veces me había confiado sus planes militares, y sus planes de obras públicas, y sus planes para mejorar la circulación en Madrid—; señor Núñez, estaba usted hablándome de fútbol.

—Es verdad. E iba a decirle que en ese juego surge ahora un aspecto que no es esencialmente deportivo, sino que afecta a la economía del país, que incumbe a nuestra política de importación. En una palabra: que el público que acudía a presenciar las competiciones, y los caballeros que aumentaban grandemente sus prerrogativas sociales al serles conferidos puestos en las directivas de los clubs, y los ciudadanos que comentaban los incidentes de los partidos, consumiendo tiempo en las oficinas, papel en los periódicos y vasos de cerveza en los bares, no tenían ni la más remota sospecha de que estaban influyendo en nuestra balanza de pagos.

—¿Qué es eso? —interrogué.

El señor Núñez presentó síntomas de desorientación.

—Bueno…, es un tecnicismo que no le puedo explicar a usted rápidamente; pero… ya puede figurarse: un platillo que sube, otro que baja… Ahí está el quid. Por fortuna nos hemos dado cuenta de que importábamos futbolistas extranjeros con excesiva frecuencia. Las últimas transacciones impusieron precios escandalosos, y reaccionamos.

—Sospecho que usted no se da cuenta de que esa prohibición, recibida con general aplauso, se debe al lógico deseo de evitar que nuestros equipos se conviertiesen en un mosaico de profesionales de todos los países.

—No intento averiguar los orígenes. Lo que yo me esfuerzo en incrustar en su inteligencia es la novedad de que el jugador de fútbol ha caído bajo la vigilancia de las aduanas. ¿Qué ocurre con él? Examinemos la cuestión: En España hacen falta goles. Las muchedumbres se han aficionado a tener goles y los necesitan para subsistir. Otras muchas necesidades artificiales se han producido antes de ésta y no pudieron ser contenidas. Nos pusimos a elaborar goles; pero no eran suficientemente buenos. Íbamos con ellos por el mundo adelante, y nos encontrábamos con que tenían otros mejores. ¿Qué se hizo entonces? Se contrató a productores extranjeros. Y el Gobierno lo toleró, como se hace siempre que se trata de una industria exótica que se quiere aclimatar en la casa propia. Pero llega un momento —ya llegó— en que el Gobierno dice: “Ya basta; ya tuvieron ustedes todas las apetecibles facilidades para traer técnicos extranjeros que les instruyesen en la difícil labor de trotar por un campo dándole puntapiés a una pelota para meterla en la red defendida por otros jóvenes.

Ahora, a trabajar ustedes para producir no sólo cuantos goles necesita la economía nacional, sino de la mejor clase posible, para competir con los fabricantes de más allá de nuestras fronteras. Se acabó el traer golicultores de otros sitios. Lo mismo que se cohíbe la importación de expertos en materias más graves, como es la ingeniería, por ejemplo, se va a correr ahora un telón de red metálica para los que pudiéramos llamar, cortés y amablemente, ingenieros de la cabezada y del puntapié. En España, los goles han de ser servidos por cosecheros vascos, castellanos, catalanes, gallegos, levantinos, canarios, aragoneses, asturianos, extremeños, andaluces o, a lo más, de la zona del Protectorado”.

—Y tiene razón.

—Tiene mucha razón. Era vergonzoso lo que ocurría. Pero queda otra faceta por considerar. El gusto del público español se habituó a cierta clase de goles, y ése es el que mayor demanda tiene. Lo mismo que los extranjeros no soportan el aceite de nuestra cocina, nosotros podemos no apreciar la producción de nuestros goleadores. ¿Qué hacer en ese caso? Permitir que venga un escandinavo o un francés a dar unas patadas y a llevarse una millonada es, en efecto, vergonzoso y antieconómico. Pensé mucho en ello, y se me ha ocurrido la solución.

—¿Cuál es?

—Dígame: cuando nosotros enviamos naranjas a Alemania o jerez a Inglaterra, ¿van con ellas huertanos de Valencia o bodegueros de Cádiz? No. Van, simplemente, los frutos o el vino. Pues bien: que no nos manden trabajadores los países goleístas; que nos remitan escuetamente los goles. Sueltos o encajonados, con el envase que exija la mercancía; pero sin el obrero. Y si un equipo nacional necesita goles para un apuro, que se le faciliten, dentro de un cupo, naturalmente. En la aduana satisfacen un canon; y después…, tantos goles para el Atlético, tantos para el Español, cuantos para el Valladolid, etc. Al fin, lo que buscaban nuestros clubs, más que hombres extranjeros, eran goles extranjeros. ¿Qué le parece?

—¡Hombre…, bien! ¿Y si los particulares necesitamos algún gol para un compromiso…?

—Ya se estudiaría.


EL FUTBOL
EL CAMPEONATO
EL PARTIDO
EL GOL
LAS BOTAS

XXIV
LOS PRESOS EN EL FUTBOL

La supresión de los castigos corporales en los regímenes penitenciarios merece la unánime simpatía. Sin duda, del trato humanitario y bondadoso podemos esperar mejores resultados que de la crueldad. Aún no lo sabemos porque hace muy poco tiempo que cesó de funcionar el látigo en las prisiones, y es prematuro intentar estadísticas comparativas; pero hasta en el caso de que la eficacia de la dulzura no correspondiese a nuestras esperanzas, debemos estar cristianamente satisfechos.

Por la pendiente de la benevolencia se ha llegado a dispensar a los reclusos singulares mercedes que alcanzan a permitir su salida del establecimiento, en disfrute de una breve libertad. Alguna vez, el motivo de tales transigencias es profundamente humano y hasta conmovedor, como cuando se trata de facilitar al penado que acuda al lugar donde agoniza uno de sus seres queridos: su madre, su hijo, su esposa. En otras ocasiones más bien se trata de un premio a la buena conducta, y hasta parece quererse probar su disciplina y su resignación al castigo dejándole ir sin vigilancia y sin otra garantía de retorno que su propia palabra, que suelen cumplir regresando a la celda en cuanto transcurren las horas que se les han concedido.

Puede pensarse que esto es lo mejor que les es dado hacer, porque de no ocurrir así, no tardarían en ser detenidos nuevamente y en padecer una agravación de su condena; pero esto no impide que recibamos con afectuosa aprobación la noticia de que el pájaro dominó sus instintos de libertad para interrumpir su vuelo y meterse en la jaula.

El sistema, seguido en España, de atenuar penas con el trabajo, sobre estar auxiliado por una metodización, ha de ser, sin duda, el más eficaz, porque ofrece las máximas garantías de reeducación de los espíritus y con él se conquista no el favor de una asomada a la calle, sino la posibilidad de aminorar considerablemente el tiempo de la reclusión. La perspectiva brindada al decir: “Si eres bueno, tal vez un día te consientan salir a dar un paseo de unas horas”, tiene un poco de infantil e imprecisa. El sentido de tales excepciones ganaría mucho si el jefe del Penal pudiese anunciar a un preso, de cuando en cuando:

—Voy a dejarte en libertad esta mañana. Vuelve a la hora del rancho. Pero a tu regreso has de contarme, y yo he de poder comprobar, que durante ese lapso realizaste alguna buena obra en servicio de los demás.

La idea no deja de tener matices interesantes, pero temo que su eficacia fuese nula.

Supongo que entre las recompensas de este tipo a la buena conducta no existe ninguna que supere a la que llevó a la práctica el director de la cárcel argentina de Rosario de Santa Fe, que dió suelta condicionada a veinte presos, autorizándoles para asistir al partido de fútbol de Primera División entre el Newell's Old Boys y el Independiente. Los reclusos se diseminaron, mezclados con el público, y al terminar el espectáculo se restituyeron a la prisión.

Esta noticia, que acabo de leer en los periódicos, resucitó en mi el recuerdo de otro trance idéntico que me refirió un licenciado de presidio en los ya remotos tiempos en que yo andaba estudiando a los hombres por tierras del Uruguay. Aquel tipo había sido condenado por estafa, y ya se sabe que la estafa exige, en quien la practica, dotes especiales de imaginación. Por eso no presté crédito a su relato, que se fué difuminando en mi memoria; pero hoy resurge en ella con casi todos sus detalles, y me sirve de patrón para adivinar lo que ha podido suceder en Rosario.

Mi hombre me dijo que habían sido dos los penados a quienes el director de la penitenciaría uruguaya autorizó para marcharse a presenciar el partido.

—Váyanse, no más, y no macaneen —les dijo—. Recién se acabe, a casita.

Y ellos se dirigieron al estadio y ocuparon localidades muy distantes entre sí para dificultar el ser reconocidos. Competían el equipo del Club de los Gringos y el de Paysandú. Mi hombre, por razones confusas o, mejor, por esas sinrazones que influyen en la entrega de la simpatía de un aficionado a cualquier club, era un "hincha" de los Gringos, pero se mantuvo callado y dominó sus nervios hasta el punto de que apenas reveló su apasionamiento con algunos rodillazos que, en ciertos momentos de emoción, propinó a sus vecinos.

Casi finalizaba el primer tiempo cuando, en una jugada difícil, después de un empate, los Gringos llevaron el balón hasta el campo enemigo, y entonces el vecino de la derecha se puso a animar al delantero centro.

—¡Éntrele, no más! —vociferaba—. ¡Chútele al "roto" del portero!

Y el recluso ya no se pudo contener:

—¡Éntrele! —gritó, enardecido—. ¡Éntrele, éntrele!

Tiraron a gol; los del Paysandú rechazaron la pelota; otra patada; una "melée"; angustiosos instantes en los que miles de corazones se instalaron en las gargantas… Y, al fin, el gol.

—¡Vivan los Gringos! —berreó el vecino de la derecha.

—¡Hurra por los Gringos! —clamó el penado.

Y en su común entusiasmo, abrazáronse jubilosamente. En seguida, arrebatándose la palabra el uno al otro, dedicáronse a encomiar las aptitudes del delantero centro.

—Vea —dijo de pronto el vecino—; me está pareciendo que yo le conozco, viejo.

El recluso lo miró un instante con atención y descubrió que aquel hombre era uno a quien había timado cierta vez, y de cuya denuncia pudo escapar casi por milagro. Se apresuró a exagerar los calificativos encomiásticos del delantero. El otro, que era un apasionado del mismo jugador, aprobaba con ardimiento, sintiéndose ligado fraternalmente por la misma admiración. Declaró, palmeándole la espalda al recluso:

—Sea o no sea el hombre que yo creo, desde luego es usted un rico tipo, y se ve que entiende mucho de fútbol. La amistad de personas tan competentes como usted me encanta. De acuerdo: no hay como los Gringos.

Mientras esta escena se desarrollaba entre ambos personajes, en otro lugar, del estadio ocurría algo de muy diferente índole. El segundo penado, en disfrute de libertad limitadísima, se entregaba al deleite de saborear las incidencias del partido, cuando el espectador que ocupaba un asiento a su izquierda se encaró con él hoscamente:

—Oiga —le dijo con acritud—, ¿no es usted un sujeto al que llaman “Matasiete”?

El recluso dió un brinco de sobresalto.

—Yo no soy nada más que un hombre que viene a presenciar este juego. Y haga el favor de no molestarme, que acaban de pitar una falta y esto se pone interesante.

—¡Pero si es él mismo! —rugió el otro—. ¿Y desde cuándo andan sueltos los criminales?

—No grite.

—Tú te has escapado de la cárcel, y voy a denunciarte ahora mismo.

—Baje la voz. Yo no me escapé. Me han dado permiso para venir al fútbol.

—¡Vaya, hombre! Me has tomado por tonto. ¿Te acuerdas de Rafael Pampini, al que dejaste medio muerto de una puñalada hace dos años? Pues yo soy su hermano, y no podía desear nada mejor que encontrarme contigo. Ahorita te voy a dar yo otro permiso: el de pasarte una temporada en el hospital.

Y se precipitó sobre él y le dió una espantosa paliza, y le saltó un ojo y le rompió la base del cráneo.

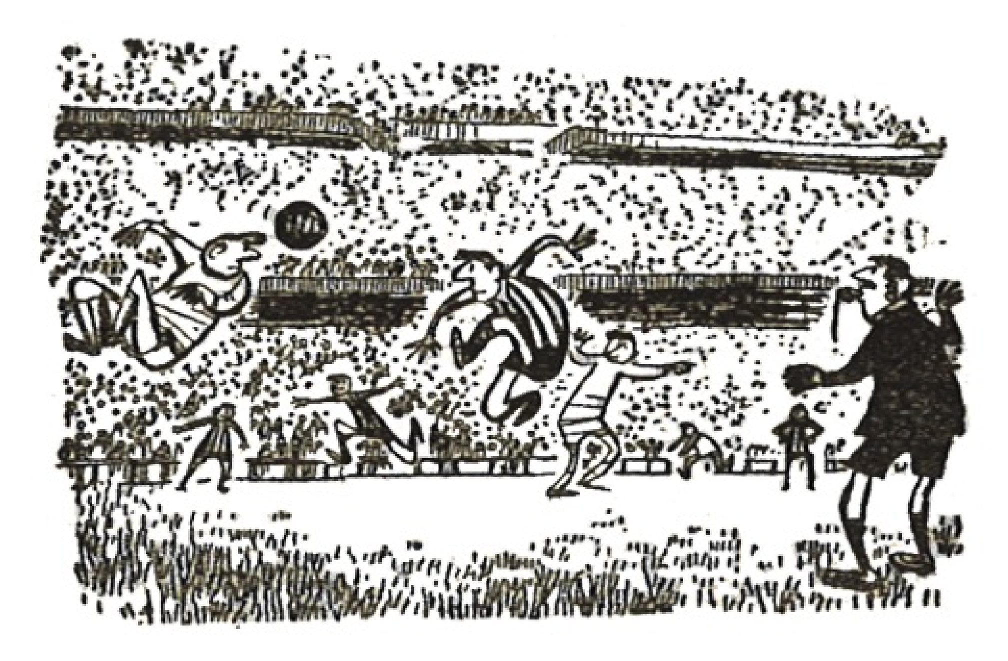
El rencoroso pariente de Rafael fué detenido, juzgado y condenado. Lo primero que hizo cuando entró en la cárcel fué preguntar si aún seguían consintiendo que fuesen alguna vez al fútbol los que se portaban bien, y al saber que así era, en efecto, le aseguró al director:

—Pues, entonces, no me ha salido tan mal como temía este negocio. Prepárese para ponerme como ejemplo, porque nadie será tan bueno como yo. ¡Menuda ganga!

Al fútbol y de balde… ¡Con lo caras que cuestan hoy las entradas!

Y su conducta fué la de un santo, y pudo ir muchas veces al estadio; y todos los demás presos procedían también tan correctamente, que el Gobierno estuvo tentado a cerrar la cárcel, y si no lo hizo fué por no dejar en la calle al director.

Esto me contó aquel licenciado de presidio. Y no le creí. Pero ahora pienso que acaso no haya exagerado mucho.



XXV
GOLES DE ONTENIENTE

Raros son los caprichos del Destino, que tantas veces nos separa de lo que parece inevitable como nos lleva por senderos que no esperábamos pisar. Así tiene para mí decretado que mis escasos viajes a la región valenciana obedezcan casi siempre a motivos no sólo insospechables, sino, en cierto modo, incongruentes con lo que pudiera considerar orientaciones ya definidas de mis actividades. Una vez me llevó a la maravillosa provincia de Alicante para que engullese tal cantidad de arroces, que aún perdura la hazaña en la memoria de la gente. Otra vez aparecí con alarmada prisa en Valencia, en ansia de distanciarme de seres desconocidos que parecían tener la desaforada y perjudicial aspiración de matarme, lo que, dado el pacífico carácter de mis relaciones con la sociedad, me pareció una exageración que había que evitar a toda costa.

Y hace apenas unos días torné a la bella región levantina por un motivo que, bien considerado, es para mí más extraordinario que los anteriores: la inauguración en Onteniente de un campo de fútbol.

Creo que no sobrarán dos aclaraciones:

Una: que las veintitantas crónicas que dediqué al futbol en *ABC*, y que debieran constituir veintitantas pruebas de que apenas tengo de ese juego una noción borrosa, me crearon con él una vinculación de experto nada más por ese maravilloso poder de la letra de imprenta, capaz de regalar reputaciones hasta en esa función tan baladí —y nociva cuando es ridículamente apasionada— de comentar las patadas que se dan a un balón.

Otra: que estoy ligado por una fuerte amistad con Pepe Simó, joven jefe de prósperas industrias, diputado provincial y primer teniente de alcalde de Onteniente, que pone un obsesivo entusiasmo en engrandecer su ciudad y al que en la mayor parte se debe el que ese futuro estadio exista. Por asistir a su júbilo y por refleja simpatía al pueblo, fuí.

Un viaje a Onteniente es muy grato. Después de las inacabables rectas con que la carretera raya la anchurosa Mancha hasta Albacete, se entra —pasada Almansa— en rutas sinuosas y en tierras encrespadas por la relativa proximidad de las altas sierras que embellecen con sus picos la línea de un horizonte hasta allí monótono. Arboles, verdes barrancos de nombres sugeridores —el de la Bruja, el del Infierno—, y, al fin, la ciudad, pulcra, animada, isla fabril en el medio agrícola circundante.

Por el camino, algunas personas nos hicieron escuchar esa queja tan repetida en estos años en casi toda la extensión de la península:

—No llueve. No ha caído una gota en todo el otoño.

Una nube se había puesto en marcha con nosotros, al salir de Madrid; una nube enorme, color de ópalo, que venía de cualquier sitio, que iba… ¿Quién sabe adónde se propone ir una nube?

No hacía falta esfuerzo de atención para darse cuenta en Onteniente de que la ciudad vivía los preliminares de un acontecimiento. Altas personalidades iban llegando desde la capital de la provincia y desde Madrid; de los pueblos cercanos acudían aficionados y curiosos; en los salones del casino se formaba el ambiente de los días extraordinarios… La significación de lo que en estos tiempos alcanza un campo de fútbol en una ciudad se me reveló claramente. Comprendí que en Onteniente iba a abrirse una fábrica más, de un producto más complejo, pero no menos solicitado que los que ahora ofrece a la humanidad en sus telares.

Porque la humanidad necesita goles, y el gol, perfectamente inmaterial o inaprehensible, que apenas consiste en la brusca entrada en la red de una pelota que ni siquiera va a permanecer allí, es una fuente de riqueza. Del gol viven sus obreros especializados, que son los futbolistas y que pueden ganar sumas ingentes; del gol viven muchos que hablan del gol y que escriben del gol; a costa del gol obtienen miles de pesetas y hasta miles de duros ciudadanos que consagran su intuición a cubrir boletos con vaticinios. Si una ciudad carece de campo dé fútbol, ¿qué le pasa? Pues que se obliga a ser tributaria de aquellas que lo tienen. Onteniente no poseía goles, como no posee pescado. Cuando quiere pescado se lo hace traer de Valencia o de Alicante. Cuando quiere goles tiene que referirse a los de Valencia —que son más próximos— o a los de Madrid, que tienen más fama. Desde ahora, no; desde ahora puede decir:

—Aquí están mis porterías (que vienen a ser una especie de almadraba de goles). El que desee chutar, ya sabe dónde estamos.

Y de Gandía, de Denia, de Albacete, de Alcoy, de Valencia, de sabe Dios cuántos sitios, espesas muchedumbres engolosinadas se dirigirán allí. Como yo fui a Alicante a saborear arroces, como van millares de aficionados a las nevadas pendientes de Chamonix, como van docenas de cazadores a buscar rinocerontes al África. La Renfe venderá muchos billetes de primera y hasta de segunda clase; los hoteles y las fondas de la ciudad se colmarán de forasteros, los cafés despacharán hectolitros de malta, los comercios venderán lo invendible; una marea humana irá y volverá, dejando un rastro de billetes viejos y de duros nuevos, para asistir a la elaboración de los goles. “¡A los goles de Onteniente! ¡A los ricos goles de Onteniente!”, se podrá pregonar. Y Onteniente figurará en las “clasificaciones” y será anunciado en todos los periódicos y “radiodifundido” y, quizá, llegue a estar a la cabeza de una división, como un general.

Antes, un pueblo ambicioso de prosperidad construía una plaza de toros. Hoy aspira a un estadio.

La víspera de la inauguración se oyó un leve tamborileo en los cristales de las ventanas, y el polvo se aplacó y se hizo oscuro en la superficie de las calles. Llovía. La gente se resistía a creerlo, pero llovía. La nube que había salido de Madrid al mismo tiempo que nosotros venía también para Onteniente y se vaciaba sobre el término municipal. En todo el otoño, en los veinte días de invierno, el cielo se había limitado a absorber humedad, chupando el jugo que quedaba en la tierra que ahora se esponjaría. Un vientecillo movía las escasas hojas de los árboles para aplaudir por la salvación de no sé qué siembras. Centenares y millares de labradores se sentirían conmovidos de felicidad…

Fué entonces cuando recordé, bajo los hilos de agua, que al celebrarse la inauguración con carácter de fiesta pública, suele llover. En los observatorios meteorológicos conocen esta coincidencia, pero es inútil que interroguéis a los astrónomos porque no gustan de revelar el secreto de muchas de las leyes que descubren a fuerza de estudiar tantas horribles matemáticas que se vuelven poco comunicativos.

La verdad es que, sea por lo que sea, ninguno de los modernos procedimientos de suscitar la lluvia artificial ofrece tanta eficacia como uno de estos trances en que la gente ha de estar sentada al aire libre después de haber acariciado durante muchos días la ilusión de pasar unas horas felices. Las nubes acuden entonces para derramar sobre la muchedumbre sus reservas de agua. Y en esta ocasión sucedió así. Y mi estimación por Simó creció muchos puntos, porque comprendí claramente que el campo de fútbol y su inauguración estaban calculados para acudir en socorro de los cultivos cuando el riesgo fuese muy grave.

Bueno, ¿y qué va usted a objetar a esto? Los hombres han perdido su fe en los embalses, siempre sedientos, y construyen cualquier otra cosa si se trata de tener agua. Lo malo es que no se puede inaugurar un campo de fútbol todos los días.

Conque estuve en el de Onteniente, que es amplio y lindo, y le gustaría muchísimo al jardinero mayor de Madrid, porque tiene una hierba muy verde y ningún árbol. Y elogié la obra y el tesón que la llevó a cabo y hasta pronostiqué que los goles que allí le diesen habrían de ser gordos y jugosos y hermosotes.

Luego, regresé. La nube volvió con nosotros, cumplida su misión de aguafiestas.

Fué esos días que llovió en Madrid. Lo que sobró de Onteniente.

XXVI
LA DESPEDIDA TE DOY…

Amigo lector: Ya nos hemos distraído bastante. Domingo tras domingo, a lo largo de cinco meses, mis ojos se mantuvieron atentos en el estadio y la pluma llevó al papel observaciones revestidas de un tono alegre. Soporté el frío viento invernal y el calor de un verano prematuro, con la callada tenacidad de un verdadero investigador. Ha llegado el momento en que sea yo quien dé una simbólica patada a la pelota del fútbol e interrumpa el contacto con una actividad que, pese a las profecías que se me hicieron, no logró apasionarme nunca.

Reconozco, sin embargo, que debo a esa tarea abundantes motivos de regocijo: la avidez con que el público buscaba estas crónicas, tanto aquellos que se interesan por tal deporte como por quienes no lo presenciaron jamás; la afectuosa bienvenida —¡mil gracias sinceras!— de periodistas especializados en esa crítica, y el hosco y expectante recelo de otros que parecían temer una irrupción en sus privilegios; la curiosidad suscitada en ciertos medios deportivos británicos, y —sobre todo— las amistosas admoniciones de quienes suponían con estupor que había abandonado mi afición literaria para dedicarme a la exégesis de los puntapiés, me producían el secreto goce de una travesura.

No obstante, mis propósitos eran perfectamente graves, y estoy muy contento de haberlos realizado.

El amor al deporte presenta en nuestra época caracteres agigantados; a veces, frenéticos; en ocasiones, risibles (la locura también puede hacernos reír), y tan extensa e intensamente declarados, que no hay clase, alta o baja, ni ciudad, grande o pequeña, donde no puedan ser estudiadas sus manifestaciones. El odio y la devoción estallan inconteniblemente en torno a un equipo; se rompen amistades por estas fútiles preferencias; pueblos vecinos que apenas se disputaban la sede de una Audiencia o de un Instituto de segunda enseñanza, se aborrecen por haber sentido la amargura infinita de un “cero a tres”. Millares de millares de espectadores que en su vida dieron una patada a un balón se disputan a cualquier precio las entradas para un partido, y se exaltan, gritan, injurian, experimentan deseos homicidas contra un árbitro o un jugador, y hasta mueren repentinamente, incapaces de soportar una emoción tan aguda. Mientras, la mayoría de los revisteros utiliza un lenguaje excitante que alguna vez raya en lo desaforado.

Y en todo esto no siempre hay ni siquiera la vanidad de que lo propio supere en fuerza o en destreza a lo ajeno, porque los clubs no tienen la menor preocupación autóctona y muy frecuentemente adquieren en el mercado de jugadores elementos

que carecen de relación con lo local, y de él apenas representan sino una capacidad de tipo económico.

La creación de un “espíritu deportivo” —tal como reciamente se define— merece simpatías: educa y da a la vida un noble tono. Enseña, entre otras cosas, a respetar al mejor y a dominar las reacciones del amor propio, hasta aniquilarlas, ante lo justo. Debo declarar que mi experiencia de espectador no me permite atribuir al fútbol tales virtudes. En este aspecto, mi conocida indiferencia para el toreo subrayará ahora la imparcialidad con que afirmo que es precisamente en las violentas y vituperadas corridas de toros donde ese espíritu deportivo se revela con innegable realidad, pese a la vehemencia de los aficionados y los antagonismos que los separan. Llenad una plaza con partidarios del torero A, que compite con el torero B. La muchedumbre ansiará que realice el diestro A las mejores faenas; pero si el diestro B da muestras de valor y de acierto y de gallardía, la plaza entera le aclamará y pedirá para él esas orejas y esos rabos que constituyen la asquerosita evidencia del triunfo. No así en un encuentro de fútbol, donde se pitará al equipo adversario aunque de él hayan sido, en buena lid, todos los goles; con rabia incivil de que resulte más hábil que “el de casa”.

No se apoya en virtudes propias —ya que adquiere las ajenas—, no educa —ya que apasiona intransigentemente—, no figura entre los juegos más recomendables físicamente —ya que su violenta fatiga puede dañar al organismo— y… no es bello. Un jinete, un esgrimidor, un pelotari, un lanzador de barra, el nadador que se arroja desde el trampolín, el remero, hasta el jugador de bolos tienen en algunos momentos actitudes admirables que dignifican la figura humana. En cuanto al fútbol, repasad esos abundantes fotograbados de los periódicos y decid sí hay, en pleno juego, un individuo o un grupo cuyas posturas puedan encender la inspiración de un escultor.

Por las masas que mueve, por los intereses que alcanzó a complicar, por el alucinado fervor con que es seguido, el fútbol tiene una categoría muy superior a la de un espectáculo y a la de un deporte. Es nada menos que un fenómeno social. Y mucho más trascendente de lo que pudieran creer quienes observan tan sólo su superficie.

En su famoso libro *La decadencia de Occidente*, Oswald Spengler, al analizar los síntomas comunes a las civilizaciones, señala la anulación de la tensión espiritual por la corpórea del deporte. “El auténtico juego —escribe— ya no halla en la urbe quien sea capaz de comprender su esencia”. Y también: “A la cultura corresponde la gimnasia; a la civilización, el deporte”. Es la gran diferencia que existe entre la palestra griega y el circo romano.

Para evitar que algunos tergiversen el sentido de esta opinión, aclararé que Spengler juzga la civilización como “el extremo y más artificioso estado a que puede llevar una especie superior de hombres”; como “un remate que subsigue a la acción creadora”; como “un final irrevocable”.

Asomarse, por tanto, a este fenómeno social del fútbol no es perder el tiempo en bagatelas, sino ceder al deseo de atisbar en un síntoma definidor. La pasión futbolística es un acento colocado en alguna sílaba de la decadencia de nuestro siglo, como antes en la de Roma y antes aún en la de Grecia, con otros y diversos deportes. Como allí también, en el declive irremediable del Imperio, el problema de la vivienda fué más angustioso aún que en nuestras ciudades de hoy. Pequeños indicios que acusan males espantosamente profundos. Minucias aparentes, pero de tremenda etiología.

Un escritor —más obligadamente si se trata de un periodista— debe sentir curiosidad hacia cuanto con su tiempo se relacione. Yo fui con la mía al estadio. No me divertí con el ir y venir de los balones, porque para ello es necesario sentir pasión, una pasión que nunca o pocas veces nace allí —y ésta es otra inferioridad de tal deporte—, sino que hay que llevarla ya elaborada. Pero en el contraste de mi nada fingida ingenuidad y los convencionalismos que cubren como musgo ese ejercicio de veintidós personas contempladas por sesenta mil y de las que a veces están pendientes varios millones, encontré —y he intentado comunicárselo a ustedes— motivos de apacibles sonrisas.

Ahora, me voy.

Queda vacante un asiento y disponible una almohadilla.

La parte que me pudiera tocar en los goles se la cedo a los chinos cojos de Nueva Jersey. Es un capricho.

Lector: buenas noches.

